

EL ÚLTIMO VARÓN SOBRE LA TIERRA

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

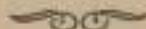
Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

EL ULTIMO VARON SOBRE LA TIERRA

Deliciosa superproducción, hablada y cantada en español

Dirección de
JAMES TINLING

Es un film **FOX**
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reparto

Ralph	RAOUL ROULIEN
Dolores	ROSITA MORENO
Al	MIMI AGUGLIA
Doctora Prodwell	CARMEN RODRÍGUEZ
Belcher	ROMUALDO TIRADO
Toots	GHILDA MORENO
Dr. Winckle	ANTONIO VIDAL
Sra. de Winckle	LUZ SEGOVIA

El último varón sobre la tierra

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El ordenanza de teléfonos llamó a la casa, sin hacer caso del cartel que había sido colocado sobre la puerta y que decía: "No molesten".

Los despachos urgentes no admiten esperar, y él cumplía su obligación.

Al cabo de pocos minutos se presentó el mayordomo.

—¿Qué desea con tanta prisa?

—Traigo un telefonema.

—¡Ah, bien!

Cogió el papel y se puso una mano en el bolsillo del chaleco. Creyó el ordenanza que iba a dar-

le una pequeña propina, pero el criado sacó únicamente sus lentes que hizo cabalgar sobre su gruesa nariz, para ver a quién iba dirigido el telefonema.

Comprobado que se trataba del señorito Ralph, volvió a cerrar la puerta, dejando al empleado con el consiguiente desencanto.

En el comedor de la casa, pieza vastísima, ornada con todos los refinamientos del lujo, se estaba celebrando un banquete. El anfitrión era Ralph Martin, un arrogante y simpático mozo, y las invitadas, ocho finísimas mujeres, amiguítas

suyas, de una juventud y belleza incomparables.

Ralph era un muchacho riquísimo que con aquella fiesta se despedía en cierto modo de sus andanzas de Don Juan.

Su vida, favorecida por todos los dones que un hado bienhechor puede abocar sobre el destino de una persona, había transcurrido con una adoración constante por las mujeres. Verdadero Don Juan, había ido conociendo el amor de las criaturas más hermosas, saboreando la diversidad de temperamentos que forman la inscabable legión de hijas de Eva. A todas había podido rendir con el poder irresistible de su seducción y de sus regalos. Esas ocho criaturas que ahora le rodeaban como valiosas estatuas de arte, eran sólo una ligera representación del museo delicado que guardaba en sus recuerdos y archivos de conquistador.

Esos alegres Don Juanes, buenos e ingenuos en el fondo, esos Don Juanes que tienen todavía una juventud fresca y viva, que no han sido ensilicados por la expresión de dureza que la madurez pone sobre la vida, creen no enamorarse nunca y amar siempre a flor de labio, con exclusión definitiva de todo sentimiento espiritual. Pero todos ellos tienen también su cuarto de hora

de amor, en que comprenden lo que vale y significa una pasión verdadera. Los conquistadores son conquistados; en vez de señores se hacen esclavos de las gracias de una determinada criatura y acaban adorando y queriendo como el más ingenuo y sentimental de los novios. Entonces una sola mujer parece reivindicar el poderío, la atracción eterna y superior del sexo débil sobre el opuesto. Entonces una sola criatura parece tomar venganza en nombre de todas las hermanas suyas que enloquecieron por el Don Juan.

Tal vez no con esa fuerza definitiva, pero sí con el poder suficiente para hacerle tomar la determinación de casarse, se había enamorado Ralph Martin. De ahí que aquella noche hubiese invitado a cenar en su rico piso de soltero a ocho preciosas mujeres, amiguitas suyas, cada una de las cuales era un recuerdo de gentileza.

En el fondo de su alma, ante la dulce lamentación de todas aquellas flores de feminidad, se sentía triste por tener que abandonarlas. No en balde pasan por la vida, y dejan, durante más o menos tiempo, su aroma leve o profundo. Pero comprendía la necesidad de dejarlas, de romper de una vez con los lazos color de rosa de su pasado.

—Es inútil toda insistencia—decía—. Esto es definitivo, y además...

Le interrumpió la presencia del criado, entregándole el telefonema.

Sus ojos saltaron de emoción al leer:

Al menos esta noche debías haber sido puntual. Te he llamado cincuenta veces al teléfono. ¿Qué paso? Mamá furiosa. Yo también. Ningún saludo.

Dolores.

—¡Caramba! Creí que esa fiesta era para mañana. Pero ¿se puede saber por qué no has contestado al teléfono, Butler?—recriminó al fámulo.

—Como el señor me dijo que descolgara el aparato...

—Prepara mi maleta en seguida y ponla en el coche. ¡Esto es espantoso!

Se levantó nervioso. Las invitadas sonreían ante su turbación. Una de ellas, una rubia muy clara, le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Casi nada. Con la mitad de lo que a mí me pasa, hay para volverse loco.

—Ya será menos.

—¿Qué es, hijo?—indagó otra.

—Amigas mías, no os burléis.

Pero todas se echaron a reír, pareciéndoles absurdo que aquel hom-

bre siempre frívolo y feliz, pudiera sufrir alguna preocupación.

—No os riáis, os lo ruego. Por estar con vosotras he olvidado un pequeño compromiso. ¿Qué digo pequeño? ¡Un gran compromiso!... Nada menos que la fiesta que esta misma noche da mi prometida en su casa de campo para presentarme a sus amistades.

—¡Bah! Si no es más que eso...

—¡Ya quisiera veros en mi caso, hijitas mías!

Y mirando a todas aquellas bellas amigas que eran fragmentos de un vivir hermoso, notas armoniosas de una canción de juventud, no pudo menos de dedicarles unas sonrisas y cantó con delicada voz:

*Siento que ha llegado
El momento cruel
En que un condenado
Al matrimonio se dice adiós.
¡Adiós a las mujeres!
¡Adiós mi libertad!
¡Hoy me convierto en un hombre formal!
Quizá ya ningún día os vuelva a ver.
Ningún día... mas de noche... puedo ser.*

Y animado por su propio canto, se fué acercando a sus amigas, acariciando a cada una de ellas, pareciendo pronto a besarlas para retirar los labios en el instante de la unión. Seductor, lleno de gracia, continuó:

*Yo he querido a Margot
Por su boca ideal*

Y su mm... mm... mm... mm...
 Y de Mary los ojos
 ¡Pecado mortal!
 Me prometen mm... mm... mm... mm...
 Dulce Ivette, tus caricias
 No podré nunca olvidar
 Pero a todas... a todas
 Tengo hoy que dejar.
 Mas el vivo recuerdo
 Me atormentará
 Del mm... mm... mm... mm...

El susurro era como el rumor de un beso, que parecía libar en aquellos labios de tentación.

De pronto se interrumpió; era muy grato permanecer allí, pero no podía seguir ni un momento más.

—Y ahora, tengo que irme volando.

—¡No! ¡No! ¿Por qué? ¡Qué tontería! ¡Quédate, hombre!

—Pasa la noche aquí.

—¡Quédate, Ralph!

—No puedo. Hace dos horas que debía estar fuera... Debéis comprender que...

—Que te espere.

—Así se irá acostumbrando para cuando se case.

—¡Oh, no! Tengo que irme.

—Pero, Ralph, ¿qué más te da una hora más que menos?

—¿Qué más te da un cocktail más que menos?

Pero él no se dejaba convencer por la insistencia de todas.

—¡Imposible, mi amor! ¡No, mi

vida! ¡No puedo! ¡No puedo! Cuando uno no puede, pues ¡no puede!

Y a duras penas pudo abrirse paso entre las mujeres, que le suplicaban con esa irresistible seducción de las enamoradas que sueñan:

—¡No te vayas! ¡No me dejes!

—¡No puede ser!

Consiguió al fin llegar hasta la puerta, siempre seguido por aquellas muñequitas de porcelana y marfil, que no cesaban de suplicarle no las dejase aún.

Una rubia muy lánguida, en cuyas pupilas profundas se adivinaba un fuego inextinguible, le dijo sonriente:

—¿Nos dejas para siempre, ingrato?

Ralph estaba ya a punto de salir y se volvió para mirarla.

—Sí. Para siempre...—repuso.

Pero era tan bella, lucía un escote tan adorable, tenía una boca tan preciosa, que el Don Juan, aunque enamorado fervorosamente de la que iba a ser su mujer, no se vió con suficiente energía para romper de un modo tan categórico. Y añadió a su cortada frase:

—Bueno, para *cosí* siempre...

Y envolvió a la rubia en una mirada que era un poema... en camisita de encaje.



La fiesta en casa de los señores Winckle se hallaba en todo su esplendor. Los salones eran ascuas de oro bajo las grandes lámparas de lágrimas de cristal... Tocaba la orquesta su ritmo de bailables y las parejas danzaban sin cansancio.

Dolores, la bellísima hija de los señores Winckle y novia de Ralph Martin, estaba impaciente. Consultaba a menudo su relojillo de oro y movía la cabeza con gesto preocupado y triste.

—¡Tiene que haberle pasado algo!—decía a su madre—. No concibo cómo no ha venido Ralph. ¡Es más de media noche!

—¡Sí que va a ser un buen yerno, cuando ya se atreve a llegar tarde antes de casarse!

—¡Mamá! Tú misma me has dicho que papá llegó tarde a vuestra boda... Tal vez...

—A la boda y a todas partes. A propósito ¿no le has visto?

—No.

—Estará metido en el laboratorio, como si lo viera. Pero esto sí que lo arreglo yo...

Y se alejó con su aire enérgico, cual si tuviera el mando absoluto de la casa.

Quedó Dolores muy inquieta ante la tardanza de su prometido. ¿Qué le había podido ocurrir? Bien sabía ella que Ralph no había sido un modelo de virtudes, que era un muchacho solicitado y apreciado por todas las mujeres, que había tenido sus amores, pero no era menor cierto que le había prometido que en lo sucesivo sólo viviría para ella. Y como Dolores le quería entrañablemente, su confianza en él había sido absoluta hasta ese momento en que el conside-

rable retraso la comenzaba a hacer dudar.

Toota, una de las invitadas, una preciosa morena en cuyos ojos parecía palpar siempre una fuerte pasión, había oído el diálogo de madre e hija, y, sonriendo pícaramente, avanzó hacia Dolores. A ella le gustaba Ralph y deseaba quitárselo a la novia. Con su fina sonrisa, que hería como un cuchillo, preguntó:

—¿No ha venido aún tu novio?

—No.

—¿Qué extraño!

—Algún negocio, quizá...

—No me hagas reír. A media noche sólo hay negocios de una clase...

—¡Bah! ¡Calumnias! — contestó Dolores despectivamente.

Y volviéndole la espalda, se alejó de su lado para volver otra vez a los salones por si Ralph hubiese llegado ya.

El padre de Dolores era el doctor Winckle, un célebre hombre de ciencia que consagraba a ésta sus entusiasmos. Aquella noche, en vez de estar en los salones, permanecía en el laboratorio en unión de dos de sus más preciados colaboradores, estudiando una cuestión trascendental.

—Es verdaderamente curioso que el bacilo de esa enfermedad ataque solamente a los hombres—explicaba.

—El doctor Krotchapt, de Viena, en su famoso tratado "Enfermedades masculinas", menciona una epidemia igual en Baden-Baden, localizada en los saltamontes...

En esto apareció la señora Winckle. Su voz era dura y agresiva.

—¡Ya me lo figuraba! Perdiendo el tiempo, como siempre. La casa llena de gente y tú aquí...

—Pero, hija mía, estamos discutiendo una nueva epidemia que ha aparecido en el Asia Menor y que hasta ahora se conoce por el nombre de "Varonitis", aunque el doctor Strondien, de Estocolmo...

—Tú deja que se llame como quiera. Y ven conmigo a atender a los invitados.

—Te advierto que es una enfermedad muy seria... Sólo ataca a los hombres...

—Yo conozco dos que podían hacer el favor de irse contagiando...

—Pero...

—Anda, vamos...

Y quieras que no, le obligó a salir del laboratorio, su torre de marfil, e ir a los salones donde la orquesta desgranaba su frivolidad.



Después de haber corrido a una velocidad de cien kilómetros por hora, llegó Ralph Martin a casa de su prometida.

—¿Qué tarde era! ¿Cómo se excusaría de su informalidad, de su retraso inconcebibles?

Belcher, el mayordomo de la casa, un tipo que era la quintaesencia de la comprensión y del saber vivir, le franqueó la puerta.

—¡Buenas noches, señorito!

—¡Hola, Belcher!

Le entregó su sombrero y abrigo.

—¿Se lo llevo a su habitación, señorito?

—Sí, gracias, pero, dime: ¿dónde está la señorita?

—En el salón.

—¿Me han echado de menos?

—Pues, sí, señorito.

—¡Válgame Dios!

Avanzó casi de puntillas. Vió de

pronto aparecer a Dolores y se ocultó detrás de un cortinaje para que ella no supiera el momento en que había llegado. Luego, al pasar ante él otro de los invitados, le siguió cautelosamente, casi pegado a los faldones de su frac, hasta llegar junto al *buffet*.

Suspiró satisfecho. Nadie le había visto llegar allí. Tomó unas patatas y una copa de champaña y empezó a andar alegremente, hablando con todo el mundo, como si hiciese ya mucho tiempo que se encontrara en la fiesta.

Peró Toots, espíritu vigilante y audaz, avanzó hacia él.

—¡Ralph!

—¡Hola, Toots!

—¡Mira que eres fresco! ¡Sabe Dios dónde habrás estado mientras aquí una pobre mujer te estaba

esperando extraordinariamente ansiosa!

—¿Dolores?

—No. ¡Yo!

Y le miraba con apasionamiento, mientras sus manos finas y nerviosas arreglaban el lazo de su corbata.

Ralph, que conocía *al dedillo* el temperamento de Toots, pugnaba por rehuir su contacto.

—Vamos, Toots... Déjate de tonterías ahora... ¡Anda, ya está bien! ¡Basta!

Una voz entre burlona y ofendida sonó detrás de ellos.

—¿Interrumpo?

—¡Dolores!—exclamó Ralph al verla—. ¿Qué tal, amor mío?...

—Te agradezco mucho que hayas sido tan puntual...—le interrumpió ella secamente.

—Dolores, vida mía... yo te explicaré... te lo explicaré todo... Es que... verás... un negocio importantísimo, a última hora...

Toots intervino, roída por la envidia, pues harto veía que Ralph se le escapaba para siempre:

—Ha estado quemando en la chimenea todas las cartas de amor, ¿no?

Y sonriendo irónicamente, se marchó, cimbreando su magnífico talle, como Eva debió cimbrearlo

al ofrecerle la dichosa manzana a Adán.

Los celos atormentaron a Dolores.

—Mira, no quiero más que poder encontrarme a solas con esa mujer...

—¡Yo también!—afirmó Ralph, marcadillo por los movimientos de rotación de la magnífica morena.

—¿Qué?

—No... quise decir... que yo también lo estoy deseando para que veas entonces cómo la trato...

—¿No me engañas?

—¡Te prometo que no!

En efecto, poco le importaba Toots, pues a quien Ralph quería de verdad era a Dolores. Y procurando calmar sus celos, su amargor, la cogió del brazo y deslizándose con ella a una salita cercana, un poco alejados de la gente, empezó a cantar al ritmo de la música, mientras Dolores, sin querer oírle, resistiéndose a dejarse convencer, se negaba a mirarle y pretendía abogar en un cocktail su dolor, impidiéndose cada vez Ralph:

*Reconozco que tienes muchísima razón
Para mi único amor eres tú
Y cuando me quieras de verdad como te
quiero yo*

*Junto a tí me tendrás
La vida y un mes más.
Un nido haremos
Para los dos
Donde el cielo sea más azul*

EL ÚLTIMO VARÓN SOBRE LA TIERRA

*Y estudiaré mil maneras de decir
"I love you"
Muy lejos de cualquier tentación
Me tendrás como quisieras tú,
Y al compás
De mi corazón oírás
"I love you."
Nuestra vida será
Un ensueño sin despertar
Hasta que nos embriague
Tanta felicidad.
Y el rido entonces
Ha de crecer
Y se llenará de bebés,
Donde el cielo sea
Más azul se oírás
Cantar, sí,
"I love you"*

Bajo la influencia de tan halagadoras promesas, en tiempo de vals uauá menos, Dolores fué cediendo en su actitud y se sintió dispuesta a perdonar. Aquel hombre la seducía, la hacía suya con irresistible fascinación. Ya había olvidado su disgusto para volver a creer en él con una confianza magnífica.

Se enlazaron suavemente y en los giros del baile llegaron al gran salón mezclándose con las demás parejas.

Ralph continuó cantando, como si se hallara solo con ella y sin sospechar que estaba llamando gratamente la atención de los invitados y enfureciendo a Toots, que le había observado antes, celosa:

*Prometo, si me vas a querer,
aprender a hacerte el amor,
Como una estrella de Hollywood
Decir "I love you".*

*Te adoraré a lo Charles Farrell,
También a lo Barrymore,
Te haré el amor a lo Chevalier,
Así: "I love you".*

Y graciosamente imitaba a esos astros de la pantalla en su manera peculiar de declamar.

Ella se estrechó más y más entre sus brazos, mirándole con cariño intenso, y contestó:

*Mejor es que me quieras como tú
De verdad
Y que no me hagas nunca más sufrir.
¿No podrías?*

Sonreía el antiguo Don Juan, prosiguiendo la canción:

*A lo John Gilbert te besaré
A lo Al Johnson te cantaré
O, con todo el fuego, a lo Ben Turpin
Te miraré,
"I love you".*

Risas y aplausos acogieron por parte de todos la humorística canción.

Una doncella se acercó en aquel momento a Ralph.

—El teléfono, señorito.

—¿El teléfono? ¡Ah, bien! ¡Perdón, Dolores!

Se dirigió un poco extrañado a la estancia contigua donde estaba el teléfono. Dolores le siguió con el presentimiento de alguna mala noticia.

—¡Diga!

Le llamaban desde su propia casa, y eran nada menos que las amiguitas a las que había dado el banquete de despedida y que, animadas por los licores y el champaña, estaban cometiendo aquella inconcebible travesura.

—¡Hola, Ralphito!—dijo la tentadora mujer rubia, que era la que estaba ante el aparato—. ¡Oye, encanto!

Palideció Ralph. ¡Ah, aquellos diablillos!

Dolores notó la inquietud de su novio y le miró con la severidad de antes.

Procurando ocultar su emoción y salvar el instante de gravedad, Ralph intentó disimular.

—¡Sí, sí! ¡Muy bien! ¡Perfectamente, señor Roberts!

—Ahí va un beso—le contestó la rubia.

Y le envió a través del espacio dos besos de intensa sonoridad, que llegaron no sólo al asustado oído de Ralph, sino que también fueron percibidos por su novia.

Cada vez menos dueño de sí, Ralph continuó:

—¿Qué decías, preciosa? ¡Digo!
¿Qué decía usted, señor Roberts?
¡Ah, bien!

Y mirando a Dolores explicó, tapando con una mano el transmisor:

—Es mi socio en un negocio.

Con manifiesta doble intención, ocultando la indignación que la consumía, pues estaba segura de que telefoneaba una mujer, Dolores contestó:

—¿Por qué no le invitas a que venga?

—¿Cómo? ¡Qué barbaridad! No, mujer. No te gustaría nada su visita...

Y continuó ante el auricular:

—No, ahora no puedo ir, pero puede usted contratar al precio que dijimos... Trescientos dólares la tonelada, puesta en vagón.

Dolores sabía ya a qué atenerse y Ralph, creyendo dársela con queso a su novia, como vulgarmente se dice, dando por terminada la conversación telefónica dijo en voz baja a la inoportuna, pero también apetitosa rubia:

—Y cuando os vayáis no os olvidéis de apagar las luces...

Colgó el teléfono y miró a Dolores en cuya alma había la desilusión de saber a aquel hombre incorregible.

—Es un asunto... Es decir... un asunto que ahora, al principio... Pero que luego... luego van a ser millones. Ya verás... Pero, mujer, no te vayas... óyeme... ¡No seas así, Dolores!

Pero ya ella, llorosa, se había

alejado rápidamente, en dirección al jardín, seguida de Ralph, a quien le horrorizaba la idea de que aquella muchachita tan amada—que era en su vida su verdadero ideal—pudiera romper sus relaciones con él.

La alcanzó en el jardín, junto a un banco, en sitio discreto.

—¡Te quiero, Dolores! ¡Te quiero y no soporto la idea que puedas sufrir por mí! Esta noche debiera ser la más feliz de nuestra vida, porque nos otorgamos nuestro compromiso y nuestra confianza...

—¿Confianza?... No me hagas reír... ¿Tú crees que yo puedo tener confianza en ti?

—Tú sabes de sobra que para mí eres la única mujer que hay en el mundo. Todo lo demás, nada.

—¿Dónde dejas a Toots?

—¡Y dale con Toots! Desde esta noche, desde este mismo momento, no pensaré en ninguna otra más que en ti.

—¡No te creo!

—¡Te lo juro!

Y corroboró sus palabras abrazándola estrechamente y dándole un beso de amor, un fuerte beso en la boca, al que Dolores, convencida una vez más, correspondió generosamente.

Oyóse la voz de la señora Winkel.

—¡Dolores! ¡Los Holbert se marchan!

—¡Voy, mamá! Espérame aquí, Ralph.

Y, sonriente, fué al encuentro de su madre, mientras Ralph quedaba como en un delicioso éxtasis, dispuesto a permanecer siempre fiel a su bienamada.

Toots, que rondaba por el jardín, se acercó cautelosamente, y Ralph sentóse de espaldas a ella, pero, percibiendo un suave rumor, volvióse y experimentó una desagradable sorpresa al ver a Toots.

—¿Qué quieres ahora?

Llegaba tímida y dulce la música como un susurro.

Toots suspiró:

—¿No me vas a sacar a bailar ni una sola vez?

—Hay demasiada gente en el salón... hace calor... le pisan a uno...

—Podemos bailar aquí mismo...

Intentó el abrazo del baile, pero él se apartó discretamente.

—Es mejor que nos quedemos sentados y tranquilos aquí, ¿eh?

—Como quieras.

Pero Toots se sentó tan próxima a él, sus brazos le acariciaron con tanta vibración, que él, nervioso, temiendo que fuese peor permanecer al lado de aquella mujer, peligrosamente bella, pero por la que nunca había sentido ningún cariño

extraordinario y ahora más bien le molestaba por las situaciones comprometidas que le creaba, volvió a ponerse de pie.

—Llevas razón... quizá sea mejor bailar... Es un abrazo más disimulado... y con música. ¡Vamos!

Malévola e insinuante Toots dió un suave grito y se dejó caer sobre Ralph.

—¡Ay! ¡Mi pie! ¡Ay, ay, ay, ay!

—Pero, Toots ¿qué tienes?

—Me he torcido el pie... aquí... aquí... ¡Qué daño me hace!

Los dos se habían vuelto a sentar, y muy noble e ingenuamente, Ralph le quitó el zapato y empezó a acariciarle el pie lastimado.

Toots, picaresca, que anhelaba ser besada por Ralph, y que había simulado aquel accidente para tenerlo más junto a ella, le cogió la mano.

—Aquí... me hace daño aquí...

Y señalaba la pierna fina y suave en su arranque hacia la rodilla.

—¿Te hace daño aquí? Yo creí que había sido en el tobillo.

—Sí, empezó en el tobillo, pero luego, un dolor muy fuerte ha ido subiendo... subiendo...

Y los labios de ella, rojos y benchidos de pasiones, parecían buscar los de él, en un franco deseo de caricias.

De pronto se oyeron pasos, y

Toots, asustada, se marchó al ver acercarse a Dolores.

Y Ralph quedó con el zapato de Toots en la mano, completamente desorientado por aquella escena peligrosa.

Dolores había visto alejarse una mujer, y de nuevo los celos se apoderaron de ella.

—¿Con quién estabas? ¿Quién era esa mujer?

—¿Qué mujer?

—Esa que estaba contigo hace un momento.

Y, enfurecida, le arrebató el lindo zapato que no había podido ocultar.

Ralph comprendió que ya no podía negar.

—¡Cálmate, Dolores! Te lo voy a explicar todo, escúchame. Te juro que esta vez soy inocente. ¡Palabra de honor! Estaba esperándote como habíamos quedado, fumaba un cigarrillo, y ¿quién crees que se presentó? Pues Toots. Estábamos hablando tranquilamente, cuando... se torció el tobillo.

—No se torcería el tobillo por hablar tranquilamente. ¡Eres un ingrato!

Y arrojando al suelo el zapato, dejó plantado a Ralph, dándose éste a todos los demonios ante el dolor de todas las cosas fatales que ocurrían aquella noche.



En vano había intentado una reconciliación. Dolores se mantenía furiosa, creyendo realmente que Ralph y Toots la estaban engañando.

Muy apenado por todos aquellos sucesos que le venían afligiendo, Ralph se dirigió a uno de los saloncitos, desierto a la sazón, y ordenó que le sirvieran una bebida.

El buen criado Belcher, que se había puesto inmediatamente a sus órdenes, colocó ante él una mesita con varias botellas de los mejores licores, pero como Ralph estuviese tan ensimismado, intentó volverlo a la realidad.

—¡Ejem! ¡Ejem!

Ralph se sobresaltó y, mirando al criado, preguntóle:

—¡Eh! ¿Qué me decías?

—Le he dicho ejem dos veces, señorito, para preguntarle qué clase

de bebida quiere el señorito que le prepare.

—Gracias, Belcher. Eres un gran criado. Y oye, ya que estamos solos: ¿te has fijado alguna vez en lo complicadas que son las mujeres?

—Sí, señorito.

—¿Te has fijado bien?

—Sí, señorito... No es por presumir, pero, vamos... bastante bien...

Ralph se echó a reír, y continuó, tratando al mayordomo de igual a igual:

—¡Siéntate, Belcher!

—Pero, señor...

—Vamos, hombre, siéntate te digo... Te voy a invitar a una copa de champaña.

Ralph descorchó una botella, y Belcher, tímidamente, se sentó junto a él, temiendo que de un momento

a otro se presentarán los dueños de la casa y le pusieron de patitas en la calle por su atrevimiento.

Llenó el joven dos copas del dorado vino.

—¡Bebe conmigo!

—¡Bueno, salud, señor!

—¡Salud!

Y apuraron aquellas copas, y otras después, y luego otras... y más tarde otra botella, e hicieron mezclas de licores; y la consecuencia de "tanta" libación fué, como se supone, una merluza de padre y muy señor mío.

Por fortuna nadie había entrado en aquella sala y señorito y criado vivían alegremente su embriaguez.

Belcher, perdida aquella seriedad de antes y sin recordar que no era más que un simple mayordomo limitado siempre a ver cómo bebían los demás, seguía bebiendo con entusiasmo, al igual que Ralph, a quien la bebida hacía brillar los ojos con fascinadora luz.

Con las copas de fino cristal, siempre llenas, en las manos, viendo surgir ante ellos extraños círculos luminosos, cantaban, abrazándose en franca camaradería:

Ralph: *Las mujeres cuando quieren
[atraparnos a los hombres
Saben entender muy bien sus
[rodas.*

Belcher: *Y los hombres, inocentes,
Al cabo de sus miradas*

Ralph: *Perdemos al punto los papales.
Y en seguida prometamos, las
[juramos y ofrecemos
Todo lo que no hemos de cum-
[plir...*

Belcher: *Porque con una aurora nos
[somos
Y ya nunca nos podemos es-
[cabullir.*

Ralph: *¡Mujeres, oh, mujeres!
Belcher: Ofrecen mil placeres
Que azaban en el cura y en el
[juca.*

Ralph: *Cuando uno se cansa
Empieza a saber
Lo que del pobre hombre...*

Belcher: *Hace la mujer.*

Se interrumpieron para apurar otra copa. Belcher, con un sifón, mojó ligeramente a Ralph. Pero éste, sin reparar en ello, continuó su canto:

Ralph: *Cuando dicen "me quiero"
Es que cuentan dinero,
Es tal su desinteresado amor.*

Belcher: *Y si una da su corazón
Nos piensan aunar un riñón.*

Los dos: *¡Así es cómo nos quieren las
[mujeres!..*

Ralph: *Si te estas te equivocas
Y si luego te discorreas
Debes andar con mucho cui-
[dado.*

Belcher: *Hay que andar con mucho ojo.
Me he cañado siete veces*

Ralph: *Y las siete te has equivocado.*

Belcher: *La primera era una fierra
Y a pensar de que lo era*

Ralph: *Otra vez lo vuelto a reincidir,
El hombre que se enamora y
[va a casarse*

Belcher: *Creo que un mes antes se de-
[bió morir.*

Los dos: *¡Mujeres, oh, mujeres!*

Ralph: *Cuando menos lo caperías
Te hacen la broma que Dios
[le hizo a Adán.*

Belcher: *Mil calamidades te sucederán*

EL ÚLTIMO VARON SOBRE LA TIERRA

Por un solo beso,
 Ralph: ¡Pues sí que es un plan!
 Belcher: Mejor que el matrimonio
 En irse a un matrimonio.
 Ralph: Eso podría ser la solución.
 Belcher: Pero es mejor la Inquisición.
 Pero a pesar de que no hay
 [razón
 Los dos: De todos modos
 ¡Que vengan mujeres!

Casi sin poder tenerse en pie, señorito y criado salieron de la habitación. La casa estaba ya desierta; todo el mundo se había retirado a descansar.

Cogidos del brazo subieron la magnífica escalinata central hacia el primer piso donde estaban los dormitorios.

A duras penas, haciendo eses y trazando sobre las alfombras fantásticos interrogantes, llegaron al zellano superior, pero Belcher tropezó de pronto, y cuando, por efecto del tropezón, era fatal que iba a desplomarse desde aquella regular altura, saltando la barandilla, la providencia, esa providencia que protege a los curdas, hizo que quedase tendido en dicha barandilla, amplia, por cierto, y que resbalase a lo largo de la misma cual improvisado tobogán.

Otra vez emprendieron la ascensión, difícil como la de la más empinada cuesta, hasta conseguir llegar al primer piso.

Ralph tenía sueño.

—Bueno, ¿qué habitación me has reservado esta noche?

El criado, que estaba más nublado que Ralph, contestó:

—Donde quiera el señorito. Esta noche la casa es del señorito.

—Pero ¿cuál es mi cuarto?

—Venga conmigo, señorito.

—Pues, andando.

—Andando o como podamos.

Avanzaron por un pasillo en el que había varias puertas. Belcher no podía recordar bien la habitación que había sido destinada para el señorito Ralph, y murmuró, señalando las cerradas puertas:

—Uno, dos, tres, cuatro. ¡Ah, ésa es, ésa es!

—¿Estás seguro?

—Sí señorito. Esa.

Belcher abrió dicha puerta y Ralph se despidió campechanamente del criado, después de darse ambos, involuntariamente, un fuerte coscorrón, al saludarse con una inclinación de cabeza, evitando hablar para no despertar a los durmientes, y entró en el cuarto, que se hallaba casi a oscuras, sin más luz que el tenue resplandor que se filtraba por la ventana.

A tientas pudo encender una pequeña lámpara de sobremesa y se desnudó en un santiamén, deseoso de arrojarse a la mullida suavidad del lecho.

Ya en ropa interior, apagó la lamparilla y avanzó hacia el lugar donde había visto perfilarse la cama.

En su atolondramiento y confusión de ideas no se había dado cuenta de un detalle importantísimo: de que en el lecho estaba durmiendo otra persona. ¡Nada menos que una mujer! ¡Y qué mujer! La morenísima Toots.

Por una lamentable equivocación del criado, Ralph había entrado en el cuarto de Toots.

Al llegar a la cabecera del lecho quitó el embozo y se metió tranquilamente en la cama. Al extender las manos tropezó con algo tibio y suave, que se estremeció, al propio tiempo que se oía un grito espantoso.

Toots había despertado, horrorizada ante la presencia de un desconocido, y gritaba como si la estuvieran ascañando. Saltó Ralph del lecho como un gamo, y empezó a dar vueltas por la habitación, tropezando con varios muebles y derribando algunas sillas.

Las voces de socorro de Toots conmovieron a toda la casa y los señores Winckle, su hija Dolores y varios invitados corrieron hacia la habitación donde Toots seguía gimiendo con creciente desesperación:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Socorro!

Se oían ya pasos en el corredor: iba a abrirse la puerta. Ralph, desorientado, sin saber por dónde huir, y deseoso de evitar aquella situación tan comprometida, corrió a ocultarse debajo de la cama, en el mismo momento en que aparecían los dueños de la casa y encendían la luz eléctrica.

Ralph no había podido ocultarse bien y asomaban sus piernas.

—Pero ¿qué pasa, hija mía, qué pasa?—dijo la señora Winckle.

—¡Un hombre! ¡Ay, ay! ¡Un hombre debajo de la cama!

—¡Oh! ¡Ahí está! ¡Salga usted de ahí!

El propio señor Winckle le tiró de las piernas, obligándolo a salir de su escondite. Y ante los ojos de todo el mundo apareció, en paños menores, el azorado Ralph.

Dolores dió un grito de indignación, mientras Toots cambiaba rápidamente su expresión de furor por una mirada cariñosa y los señores Winckle quedaban asombrados.

—¡Ralph! — sollozó Dolores, creyéndose una vez más engañada, pensando que su novio había entrado furtivamente en aquella habitación.

Procurando cubrirse lo mejor que pudo, Ralph intentó su defensa:

—Oyeme, Dolores, debes saber...

—¡Hemos terminado!

—Espera, amor mío. Déjame explicártelo todo... todo.

—¡No me hables! ¡No me vuelvas a dirigir la palabra en tu vida! ¡Qué infamia!

—Pero, Dolores...

Mas ya la muchacha había salido, dispuesta a no saber nunca nada de él. ¡Y el pobre Ralph, a quien las circunstancias condenaban a aparecer como un infiel, intentó convencer ahora a la señora Winckle.

—Señora, usted no me habrá supuesto capaz de...

—¿Suponer? Lo que he visto no me deja lugar a suposiciones.

—Pero usted, doctor, usted que es un hombre de ciencia, no se dejará engañar por un simple efecto de óptica — insinuó Ralph, recurriendo al que había de ser su suegro.

El sabio se rascó la barbilla, mi-

rando de reojo a Toots, que, sentada en la cama, parecía comerse con la mirada a Ralph.

—Claro, en cierto modo, empleando un razonamiento inductivo, claro... — repuso el buen hombre, no quitando ojo de la espléndida morena.

La voz enérgica de la esposa le hizo enmudecer.

—¡Elmer! ¡Elmer!

Ralph no se daba por vencido, y viendo que se alejaban los Winckle sin querer atenderle y considerándole culpable, miró severamente a Toots.

—Y tú, ¿por qué has gritado?... Di.

La voz de ella fué como una caricia y un suspiro henchido de deseos:

—Es que no sabía que eras tú, vida...

Ralph, desesperado, se llevó las manos a la cabeza y, acabando de vestirse, salió furioso de la habitación.



Fué inútil que a la mañana siguiente Ralph insistiera en querer hablar con Dolores.

—Pero ¿qué dice? ¿No quiere verme?

La doncella contestó timidamente:

—Dice que no saldrá de su habitación hasta que el señorito se haya marchado. Yo lo siento, señorito.

—Gracias, Buena, está bien.

Y comprendiendo que era absurdo insistir, se dispuso a irse. Llevaba la maleta en la mano. Andaba lentamente, despidiéndose de aquella casa donde vivía la única mujer que adoraba.

¿Era posible que hubiese perdido a aquella dulce criatura? ¿Era posible que apareciese como culpable, cuando en realidad en aquella ocasión se había portado con una inocencia infantil? Al alejarse de

Dolores, sentía cuán intensamente la amaba y cómo ella significaba para él más que todos los recuerdos de su vida.

No, no podía ser. Aun quiso intentar un esfuerzo desesperado. Abrió lentamente la puerta de salida, dejó transcurrir unos segundos y la volvió a cerrar para dar la sensación de que se había marchado. Y como a los pocos momentos oyese pasos, corrió a ocultarse en el hueco de la escalera, con el deseo de encontrar ocasión oportuna para poder hablar con Dolores y explicarle ampliamente su conducta.

Dolores, que había oído el ruido de la puerta, creyó que Ralph se había marchado y bajó lentamente la escalinata.

Sentía el rencor de aquella ofensa inconcebible, de aquel atrevimiento sin medida. ¡Y ella había

podido amar a ese Don Juan incorregible! ¡Y ella había dado sus besos y su corazón a un hombre que quería engañarla en su propia casa!

De pronto Ralph salió de su escondite y apareció ante Dolores, que retrocedió unos pasos al verle.

Ralph murmuró muy humilde:

—Mira, déjame explicarte. Verás cómo tú misma me perdonas...

—¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Te he dicho que hemos terminado!

—Me lo has dicho, ya lo sé. Pero ¿cuántas veces me lo has dicho... y luego?...

—Esta vez es la última. Hemos terminado para siempre, para siempre, ¿lo oyes?

—Muy bien. Pues para que veas, para que te convenzas, haré alguna barbaridad. Me alistaré en la Legión.

—Bueno.

—Me dejaré morir de sed en el desierto o, mejor, me entregaré a la bebida para olvidar.

—Me parece muy bien. Ya tienes mucho adelantado para eso.

—Todavía más. Cruzaré el Atlántico en avión.

—Eso está muy visto.

—Está muy visto... mu... muy visto. Subiré a la estratosfera, que es todavía más nuevo.

—Llévate a Toots.

—O cruzaré el Pacífico. Eso es... eso nadie lo ha hecho. Puede ser que no llegue, que me caiga al agua...

—Pues, mira, para eso te pueden servir las calabazas que te estoy dando.

—¿Quieres decir que no quieres casarte conmigo?

Ella le envolvió en una mirada de desprecio, en que había todo el rencor de la mujer ofendida.

—¿Yo casarme contigo? ¡Ni aunque fueras el último hombre en la tierra!

Comprendió Ralph que daba en hierro frío, y, cambiando de tono, dijo a tiempo que se alejaba:

—No soy tan torpe. Me basta con que se me indiquen las cosas.

Antes de llegar a la puerta se le abrió la maleta, desparramándose por el suelo todo su equipaje, que volvió a guardar, confuso y triste y mirando de soslayo a Dolores, pero ésta se mantuvo impassible y Ralph no tuvo más remedio que marcharse.



Días más tarde, Ralph Martin se disponía a emprender un vuelo transpacífico. Había adquirido un avión, bautizado pomposamente con el nombre de "Espíritu de Don Juan", remediando a Lindberg, que bautizó el suyo con el simbólico título de "Espíritu de San Luis".

La noticia del vuelo y los rumores que circulaban acerca del origen del mismo, habían atraído al campo de aviación una gran multitud, ávida de despedir a aquel caballero de los aires, a aquel romántico del siglo XX que, según se decía, exponía su vida, en un desprecio total del peligro, por no saber resistir las consecuencias de un amor desgraciado.

En vano había querido Ralph volver a ver a Dolores, la muñequita de sus pensamientos, pues ésta se había encerrado en casa, negán-

dole de modo rotundo toda entrevista.

Ahora, compungido y grave, teniendo a su lado al criado Belcher, contestaba distraidamente a las preguntas de los reporters.

Varios fotógrafos le hicieron diversos retratos, y Ralph, casi sin voluntad propia, aguardaba el instante del vuelo.

Belcher le contemplaba con tristeza, acusándose interiormente de ser él el culpable de cuanto había sucedido.

Un periodista, reporter atrevido de los que no se privan de penetrar en las vidas íntimas, le preguntó:

—Y, dígame, ¿es cierto que emprende usted este vuelo con el corazón destrozado?

—Sí.

—"Corazón destrozado"—escribió. Y murmuró al oído de un com-

EL ÚLTIMO VARON SOBRE LA TIERRA

pañero—: Al público le encantan estas estupideces.

A continuación, otra pregunta:

—Diga, señor Ralph Martin, ¿piensa usted emprender el vuelo de regreso... si logra llegar?

—Pienso estar yendo y viniendo todo el tiempo.

—¡Buena suerte!

—Gracias a todos, señores.

Suspiró al vorles partir. Hablaba de modo maquinal y se producía en todos aquellos momentos como un autómatas. Parecía que desfalleciese su espíritu ante lo arriesgado de la aventura.

Miró al criado de Dolores, con el que siempre había hecho buenas migas, y le dijo:

—Lo que yo quisiera saber es quién me ha metido a mí en este lío.

—Su futura suegra, señor. Ella misma telefonó a la prensa que pensaba usted volar hasta Pekín.

—Sí, ¿eh?

—Y en una sola etapa. Como usted lo había dicho...

—Es que yo lo dije como se dicen muchas cosas. Pero de eso a... ¿No habría manera de librarme de este apuro?

—Temo que sea demasiado tarde, señor.

—Pues si temes tú, que te quedas en tierra, imagínate yo. ¡Ah! Convertido en héroe a la fuerza.

Me he visto traído y llevado sin darme cuenta por todos los periódicos del mundo. Y para no hacer el ridículo tengo que poner en ejecución la aventura que nunca intenté realizar de veras. Pero, ¿cómo volver ahora atrás?... ¿Cómo decir que tengo miedo, cuando al principio, cuando yo no soñaba ni remotamente que esto pudiera llevarse a cabo, aseguraba con firmeza que lo realizaría?

Se escuchó en aquel momento el poderoso rumor de los motores del avión. La hélice volteaba cortando el aire con impetuosa violencia.

Uno de los mecánicos se acercó a Ralph:

—El avión está listo, señor.

Ralph palideció.

—¿No cree que sería mejor revisarlo otra vez, con cuidado... desarmarlo meticalosamente? ¿Como no hay prisa!

—El motor funciona de un modo inmejorable. Todo: el combustible, las baterías, el paracaídas, la radio...

—¿La radio?

—La "Universal Press Company" ha instalado una pequeña estación emisora en el aparato, para que usted transmita noticias del viaje.

Ralph miró desconsoladamente a

Belcher, que con gesto cómico le recomendó resignación.

Imposible retroceder. Era prisionero de sus propias palabras y tenía que llevar a cabo la aventura.

—Bueno. Está visto que no hay remedio. Los malos tragos, pasarlos pronto—reconoció.

Y después de estrechar afectuosamente la mano del criado, que parecía más triste que él mismo, se metió en la cabina del avión, saludó

por última vez a los miles de espectadores que se habían congregado para despedirle, e inspeccionó los aparatos de mando.

Lamentó una vez más su destino y tuvo el amargo presentimiento de que iba a acabar sus días. ¡Y todo por una ingrata, por aquella Dolores que él no sabía olvidar!

El aeroplano se elevó de manera majestuosa y a poco se perdió en dirección al mar, bajo el cielo claro de la mañana.



La nación entera parecía estar pendiente de aquel vuelo, cuyo origen sentimental seducía a todo el mundo. Es raro ver en estos tiempos de positivismo a alguien que exponga su vida por no quererla soportar al perder a la mujer amada. Ralph adquiría categoría de héroe, de caballero de leyenda, como los grandes enamorados de la historia.

Conmovida por aquel gesto de insuperable arrogancia, por la realidad de aquel vuelo, que ella siempre había creído que no se llevaría a cabo, Dolores, a pesar de que consideraba que Ralph la había traicionado, deseaba volverlo a ver en breve plazo, lamentando haberle expuesto a correr tan graves peligros.

Ante el aparato de radio que te-

na que dar noticias del transcurso del vuelo, Dolores se sentía inquieta, buscando sin cesar las ondas, una de las cuales pudiera transmitirle la voz del hombre amado.

Pero el receptor, indiferente a las inquietudes sentimentales de Dolores, tan pronto radiaba discos musicales como jorobaba al paciente auditorio con el lastre de los anuncios comerciales.

—...y después se añaden dos tazas de harina y una cucharada de aceite.

—Deuda Exterior, 78,16 para arriba...

—Lo mejor para el cutis es la crema "Ambrosía".

¿Qué importaba eso? Recogió otra onda, José Mojica, en su canción de "El Caballero de la Noche":

*Amame en las sombras de la noche...
Amame...*

Tampoco era esto lo que ahora le interesaba; aquella canción tan bella añadía tristeza a su tristeza.

Por fin el speaker dijo:

—Últimas noticias de la apasionante travesía del Pacífico. En estos momentos Ralph Martin se encuentra en el centro del océano. Comunicará con los radiooyentes dentro de unos segundos.

¡Con qué ansiedad esperó Dolo-

res oír la voz de Ralph a través de centenares de kilómetros!

El crido Belcher permanecía en la habitación, escuchando nervioso, a pocos pasos de Dolores, las diferentes comunicaciones de la estación. Parecía atormentado por un extraño remordimiento. De pronto, no pudo acallar más la voz de la verdad, que le exigía hablar claramente, y dirigióse a Dolores, diciéndole con palabra entrecortada:

—Señorita Dolores, tengo que hacerle una confesión, tengo que descargar mi conciencia y abrirle mi pecho a la señorita.

—¡Por Dios, Belcher!

—¡No, no se asuste, señorita!... Quiero decirle que yo fui el que introdujo al señorito Ralph en el cuarto de la señorita Toots.

—¿Qué?

—No veía claro. Fué... fué... el hígado. Confundí el cuarto destinado al señorito Ralph.

Una inmensa alegría, a la par que una viva indignación, se adueñaron rápidamente de Dolores. Alegría al considerar la inocencia de Ralph, al ver que él no la había engañado, y que sus palabras de excusa eran, pues, sinceras, e indignación contra Belcher, por haber éste callado hasta entonces la verdadera causa de lo ocurrido y consentido con su silencio en que Ralph

se lanzara a la terrible aventura de cruzar el Pacífico en aras de una realización heroica.

—Pero ¿es posible? ¿Por qué no me lo dijo usted antes? ¿No comprende las consecuencias de haber callado? ¡Mi pobre Ralph!

Casi estaba a punto de llorar, y a Belcher le ocurría lo mismo.

—No se lo dije porque, como vino después lo del vuelo transpacífico y uno es tan aficionado a la aviación... cuando vuelan otros...

—No merece perdón lo que usted ha hecho. Pero, ¡oh, es él, oigo su voz!...

Y con limpia sonoridad, el aparato transmitió la voz de Ralph que, desde su avión en marcha sobre las rutas del mar, saludaba a la tierra.

—Un saludo a todos los radiooyentes. Ralph Martin habla.

—¡Ralph!

Y en la exclamación de este nombre del amado, dulce al pasar por sus labios de mujer, había otra vez el cariño de otros días.

Siguió hablando el aviador, con expresión tranquila:

—Una borrasca me ha obligado a desviar la ruta, pero si consigo mantener esta velocidad, espero recobrar los minutos perdidos...

Interrumpió al aviador la voz absurda del anunciador pregonando unas pastillas contra la bronquitis,

pero de nuevo dejóse oír la palabra de Ralph, que adquirió un dulce matiz:

—No sé si la señorita Dolores Winckle, por quien llevo a cabo este vuelo, me está escuchando. Si es así, ustedes perdonarán, pero tengo algo importante que decirle.

Dolores tembló de emoción.

—Dolores, vida mía — continuó Ralph, esta vez sólo para su amada. —Te lo quiero explicar todo. Tú no sabes, encanto, lo que sucedió aquella noche. Yo...

Pero oyóse en aquel instante un extraño rumor, un sonido anormal, seguido de un silencio abrumador e implacable.

Dolores hurgó extrañada en el aparato, buscando otra vez la onda que creía haber perdido, precisamente en el momento de mayor interés, cuando él la enviaba aquel mensaje de justificación a través de los aires.

La voz del anunciador se oyó en seguida:

—Un momento. Algo le ha sucedido al avión. Un momento. No logramos dar con ninguna onda. Esto es grave... Debe ser un accidente.

Dolores creyó volverse loca.

Presa de una honda inquietud, de la que también participaba el criado, buscó de nuevo las diversas ondas. Tuvo el doloroso presentimien-

EL ÚLTIMO VARÓN SOBRE LA TIERRA

to de que el avión había caído al mar, de que Ralph había sucumbido...

De nuevo habló el speaker:

—Un momento, señores. Van ustedes a oír las nueve.

—¡Oh, cómo sufría la enamorada! ¿Por qué no estaba pendiente todo el mundo de lo que había podido ocurrirle a Ralph? Para la gente no debía tener aquello más que una importancia secundaria, que el superficial interés de la actualidad, mientras que para ella era la propia vida.

Desesperada, llamó al teléfono de la estación, preguntando por lo

sucedido. Pero no pudieron darle nuevas noticias. Sabían lo mismo que ella.

Era seguro que se había producido un accidente.

Dolores lloró amargamente, pasando la noche más triste de su vida, tan pronto envuelta en negro pesimismo, como animada por una esperanza que la hacía creer que era imposible que Ralph hubiese perecido.

Y a la mañana siguiente, los vendedores de periódicos pregonaron por toda la ciudad la sensacional noticia de que Ralph Martin no había llegado a su destino, considerándosele desaparecido.

* * *

1933... 1934... 1935... Pasó el tiempo, con su terrible y monótono avanzar cuajado de días de amor y de dolor.

El mundo, con esa constante evolución de los acontecimientos, ha-

bía olvidado ya por entero a Ralph Martin, su vuelo transpacífico, su desaparición misteriosa. Otros sucesos, otras cosas de actualidad llenaban su atención y su interés.

Únicamente Dolores seguía man-

teniendo su cariño hacia Ralph. Estaba convencida, como todo el mundo, de que Ralph había muerto, pero continuaba teniendo para él un culto que le impedía dar a su vida un nuevo amor.

Para olvidar en lo posible su tristeza, ayudaba a su padre, el sabio doctor Winckle, en los trabajos que éste realizaba en su laboratorio.

Pero viéndola siempre distraída, con la imaginación ausente del lugar donde se hallaba, su padre le dijo suavemente aquel día:

—¿Piensas aún en Ralph, hija mía?

—Hoy hace tres años que partió para no volver.

Y pareció evocar toda la tragedia cruel e irremediable.

Entró en aquel momento la señora Winckle, acompañada de otra dama de aspecto y maneras varoniles.

—¡Adelante!

—Elmer, aquí está la señora Prodwell.

—¡Oh, doctora! ¡Perdón! Había olvidado la hora que era, trabajando en este nuevo suero contra la "varonitis".

La doctora parecía muy interesada en aquel descubrimiento que podría librar seguramente a la humanidad de uno de sus azotes más implacables.

—¿Con éxito?

—No sé, no creo... Todavía es aventurado adelantar juicio.

Volvióse hacia Dolores y vió que ésta, en silencio, derramaba unas lágrimas en recuerdo del hombre al que tanto amó.

—¡Vaya, vaya! — le dijo bondadosamente—. Nada de lagrimitas, ¿eh? Lo de Ralph ya no tiene remedio.

La doctora Prodwell estaba entorpecida de aquel vuelo, y miró a Dolores con el enojo que a la mujer exclusivamente cerebral causan las inquietudes del corazón.

—Con miles, tal vez con millones de hombres cuyas vidas están pendientes de un hilo, es casi un egoísmo llorar por un solo novio.

La señora Winckle repuso airada:

—Además, por un novio que era un fresco de cuidado.

—¡Calla, mujer! — la atajó el médico—. Si hubiera sido yo el que se hubiera caído al mar, ¿no lo estarías tú sintiendo todavía?

No contestó la dama, tal vez por prudencia y por encontrarse ante una persona que no pertenecía a su familia, y la doctora Prodwell rogó:

—¿Vamos, doctor? Va a comenzar pronto la sesión del Instituto.

—Sí, vamos.

Salieron para ir, como todas las tardes, al Instituto de Investigaciones Científicas, donde se estudiaba constantemente, con el ahínco y el desinterés de los sabios, las posibilidades de curar una enfermedad cuyo origen se desconocía, pero cuyas consecuencias tenían gravedad tan extraordinaria, que iban despojando el mundo.

Era la "varonitis", terrible e implacable dolencia, que atacaba exclusivamente a los hombres, sin respetar edades, y de un modo fulminante los trasladaba desde el esplendor de la vida a las negruras de la muerte.

La enfermedad venía haciendo de las suyas desde hacía algunos años, pero últimamente se había exacerbado extraordinariamente, hasta constituir la preocupación más seria de los pueblos.

Todos los hombres de ciencia laboraban incesantemente para buscar un suero, una vacuna, una fórmula que permitiera inmunizarse del implacable microbio, pero todos los esfuerzos habían resultado estériles.

Y el pánico cundía en todas las naciones, desde los emporios de la

civilización y grandeza a los pueblos míseros y atrasados, pues la "varonitis" prescindía de razas, agitando a capricho con su hoz en el vasto campo de la humanidad.

Los hombres se hallaban sometidos a un verdadero temor ante la muerte que les acechaba. Las mujeres, aunque libres por su sexo de caer bajo los efectos del feroz hacedor, no eran las menos interesadas en que se encontrase una fórmula de inmunidad. Iban contrastando asombradas cómo el sexo llamado por ironía fuerte, secleraba diariamente sus filas, reduciéndose cada vez más su número. Y eso significaba cosas muy amargas, una disminución considerable de matrimonios, un aumento de mujeres que no conocerían el amor. Y ellas, viendo cómo las probabilidades de casarse eran menores cada vez, anhelaban que se pusiera cuanto antes término a epidemia tan dolorosa.

¿Por qué no estudiaban más los sabios? ¿Para qué servían, pues, si no alcanzaban a salvar a la humanidad? Y se les erizaba la piel al pensar en lo que podía ocurrir si la disminución masculina se acentuaba, si llegaba un día en que el hombre desapareciese de la tierra.



El Instituto de Ciencias se reunió en solemne asamblea extraordinaria, con asistencia de las más eminentes y renombradas personalidades del globo.

La doctora Prodwell, verdadero prestigio internacional, de cuyo cerebro brotaban rayos de luz que iluminaban sendas tenebrosas y desconocidas, pero que en vano luchaba por salvar a la humanidad de aquella plaga fatal, empezó su discurso:

—Señores y compañeros en el sagrado culto de la ciencia. Soy una mujer de pocas, pero de firmes palabras. Debo tener el valor de declarar que la terrible epidemia que está cebándose en la humanidad, nos ha vencido por completo. Todos nuestros trabajos han resultado estériles. Actualmente no hay un solo país en el mundo que se vea li-

bre de la "varonitis", esa mortal enfermedad que ataca solamente al sexo fuerte.

Éstas palabras, no por sabidas menos emocionantes, produjeron una sensación indescriptible.

Hablaron varios delegados, propugnando medios para una posible limitación de la epidemia. Cada uno sostenía diferentes puntos de vista. Discursó el representante de Italia, de tipo y voz de tenor, que parecía hablar en nombre de su patria bella y de sus artistas excelsos que no se resignaban a morir; habló luego un sabio japonés, que en nombre de su tierra nipona, plétórica de ambición y de ansias de poderío, proponía medios desesperados para salvarse del hacilo; habló a su vez un médico ruso, defendiendo el derecho a la vida de los millones de hombres de su país.



... acariciando a cada una de ellas...



... llamando gratamente la atención de los invitados...



—Esta noche debiera ser la más feliz de nuestra vida...

... cantaban abrazados en franca camaradería...





Belcher abrió dicha puerta...



—Oyeme, Dolores, debes saber...



--Era un hombre.



--¡Lléváoslo al hotel!



Por fin levantarán la tapa de la caja...



—... y haremos contigo lo que se nos antoje.



—Como no te calles, voy a tener que rebajar del precio las tres muelas que te voy a quitar de una torta.



—Cuando era un cavernícola en la isla desierta, no tenía tantas comodidades



—¿Ves como soy el hombre más desgraciado que hay?



—Pídele mi mano a la presidenta
de la República.



—¿No sabe usted que tiene que comparecer ante la Liga de Naciones?



—¡A callar todo el mundo!

El secretario entregó a la doctora Prodwell un despacho que acababa de recibir, y la doctora dió cuenta de él a la asamblea:

—Perdonen un momento. El Sultán de Turquía telegrafía que tantos príncipes y pachás han sido víctimas de la "varonitis", que él ha heredado todos los harenes, uniéndoselos al suyo propio, y que no sabe qué va a ser de él.

Los comentarios, dentro de lo chusco del caso del pobre sultán, fueron pesimistas.

La epidemia se acentuaba en términos aterradores.

Sucesivamente iban entregando a la presidencia telegramas de distintas partes del orbe, participando los estragos que producía la trágica enfermedad.

—África, Europa, Oceanía... la misma historia en todas las latitudes—comunicó la profesora—. He aquí un telegrama de la Liga Femenina de Esquimales de Groenlandia, que dice así: *Todos los hombres están muriendo. ¿Qué haremos durante las noches de seis meses?* Declaro solemnemente, queridos colegas, que si no vencemos esta enfermedad por todos los medios científicos a nuestro alcance, dentro de unos años no quedará un solo hombre sobre la tierra. ¿Podemos resignarnos a que está espantosa enfer-

medad se lleve del mundo a todos nuestros hombres?

—¡No! ¡No! ¡No!

Pero ¿de dónde sacar los medios para vencer al enemigo invisible, átomo del mal, que rodaba por la atmósfera, era absorbido por los pulmones del hombre y a los pocos momentos éste sentía sus efectos letales? ¿Cómo luchar, si la ciencia, con todo su poder, no había logrado hacerse dueña del secreto de la vida?

De pronto, el sabio italiano dió un grito, se llevó las manos al vientre, quedó pálido, blanco como las cuartillas que tenía delante, y después de exhalar un suspiro, cayó muerto en brazos de sus camaradas. Era otra víctima de la "varonitis", que fulminaba como el rayo.

Los asambleístas salieron precipitadamente con el terror y la cobardía de seguir a su camarada italiano, con el espanto de que aquella atmósfera estaba también contaminada.

Y aquella noche los diarios daban cuenta, con dolorosas frases, del infructuoso resultado de la reunión. No sólo no habían podido vencer la enfermedad, sino que el bacilo había penetrado en la asamblea, matando a uno de sus miembros.

Y por toda la humanidad corrió

un escalofrío, tal vez el mismo terror que allá en el año mil las gentes supersticiosas e ignorantes experimentaron al creer que el mundo iba a terminar. Pero esta vez las

cosas eran de veras; los hombres desaparecían... y pensaban las mujeres que la vida sin amor, sin la compañía varonil, era también la muerte...



Transcurrieron otros tres años. Corría el de 1938. La enfermedad mortal, la "varonitis", había terminado su obra cruel. Ya no quedaban hombres, ya la pobre humanidad estaba constituida únicamente por mujeres, que lloraban la soledad e inutilidad de sus vidas.

Entonces, al no tenerlos, comprendieron lo que significaban los hombres, es decir, el amor, la compañía, la dulce unión. Las pobres se miraban horrorizadas, como si en cada una de ellas viesen retratada la muerte. Y es que, desgraciadamente, esto iba a suceder así. No había ya nacimientos; el mundo iba a desaparecer.

Y mientras las mujeres vulgares se lamentaban de su doliente destino, las mujeres científicas, sabias como la doctora Prodwell, trabajaban incesantemente en sus laboratorios, en busca del remedio que pudiera solventar la gravísima situación.

Se hablaba de un importantísimo descubrimiento, de que la doctora Prodwell iba aquel día a realizar las pruebas definitivas de un experimento que acaso pudiera dar a la vida el sentido de continuidad que tenía antes. Y millares de mujeres, contenidas por la guardia femenina del Estado, se agrupaban en la gran plaza, frente al palacio de la Aca-

demia, donde tenía lugar la investigación.

Una voz femenina anunciaba por la radio las últimas noticias relacionadas con el sensacional descubrimiento.

—Buenas tardes, invisible público. Tengo la satisfacción de anunciarles que el día más importante por los siglos de los siglos ha llegado ya. En este momento, la famosísima doctora Prodwell, secundada por sus mejores ayudantas, está a punto de terminar la empresa científica más colosal que haya intentado jamás el feminismo.

Estalló una ovación estrepitosa, seguida de grandes vivas a la doctora Prodwell. Confiaban en aquella mujer genial, que les iba a dar la alegría de que acabase aquel mundo absurdo de un solo sexo, de que todas las mujeres pudieran sentirse otra vez esposas y vibrar con el contento de futuras madres.

—En este mismo momento entran en el laboratorio—siguió diciendo la voz de la radio—. Tanto la doctora como sus ayudantas visten immaculados trajes...

Y continuaba exactamente la explicación de lo que sucedía en la gran sala de experimentos. La doctora Prodwell, acompañada de numerosas colaboradoras, ansiosas como ella de la solución del gran pro-

blema, se hallaban junto a una gran urna de cristal, dentro de la cual reposaba un muñeco hecho con sustancias y combinaciones químicas.

Ser o no ser. Esta era la cuestión que se debatía en aquel instante. Era preciso que aquel muñeco inerte se moviera, viviera, alcanzara dinamismo y fuerza. Iba a crearse el hombre artificial.

La doctora Prodwell, serena y dueña de sus nervios, habló:

—Esta tarde, no sólo nuestra reputación, sino hasta el porvenir de la especie humana, dependen de esto: el hombre sintético, el hombre fabricado. Daos cuenta, podremos construir hombres, un tipo de hombre mejorado que encarne nuestra idea de la perfección masculina.

Una de las ayudantas murmuró con un cómico suspiro al oído de otra:

—Ya el modelo anterior tenía bastantes aciertos.

La doctora continuó:

—Dentro de unos instantes y gracias a mi ingenio, esta figura se convertirá en un ser vivo, que ha de funcionar normalmente. ¡Atención!

Apretó varios resortes, y unas corrientes eléctricas, blancas y serpentinadas, como nerviosas fibras de luz, cayeron sobre el hombre sintético, comunicándole las descargas de aquella importantísima fuerza

eléctrica que debía imprimirle la vida.

—¡Atención! ¡Atención!

El silencio era aterrador. ¡Oh, la divina anunciación del milagro que se esperaba!

—Según mis cálculos, ya le debía de latir el pulso— manifestó, inquieta.

—Hay que calentarle — indicó una de las muchachas.

—¡Ahora mismo!

Nuevas descargas cayeron sobre el muñeco de carne sintética, que pareció estremecerse, vibrar bajo el imperio de la fuerza eléctrica.

La doctora creyó ver que el muñeco latía.

¡Oh, la gloria, la vida que llegaba! ¡Sí! ¡Sí! ¡El don sublime de crear estaba realizado! ¡Aquel hombre iba a ser pronto algo normal!

Y la voz de la radio pregonaba como trompetas de júbilo:

—¡Atención! ¡Atención! ¡El hombre sintético se mueve, vibra, tiene pulsaciones!

La alegría era desbordante y las mujeres se abrazaban entre sí, felicitándose mutuamente.

Pero, pasado el primer efecto de las descargas eléctricas, el muñeco volvió a quedar inmóvil.

Hubo un instante de descorazonamiento, y una de las ayudantas murmuró:

—¡Horrible! ¡No sé lo que va a pasar si esto nos falla!

—¡Acuérdate de la que se armó cuando dejamos morir al último varón!

Pero la doctora Prodwell, optimista y con la inquebrantable fe en su creación, después de consultar unos textos paseó una mirada triunfante por el auditorio.

¡Estamos salvados! El muñeco ha tenido vida, es susceptible de movimiento. Y esto no era más que los preliminares. Ahora voy a inyectarle esa potente fuerza radiodinámica, mi gran descubrimiento: El rayo Prodwell".

Puso en movimiento unos aparatos que transmitirían al cuerpo artificial el ardor definitivo y la partícula misteriosa del alma.

Todas las miradas convergían en la urna donde el muñeco había vuelto a quedar inmóvil.

Una inmensa llamarada, seguida de fuertes y continuas explosiones, rodeó la figura. Eran como lenguas de fuego, como rayos de una tempestad implacable y trágica. Y de pronto, y ante la ansiosa emoción de todo el mundo, sonó una nueva detonación, y una gran columna de humo envolvió la urna de cristal. Cuando aclaróse un poco la atmósfera y se acercaron a ver si el hombre sintético se movía ya, vieron

con indecible amargura que la figura no existía, que había sido fundida por los rayos poderosos de la fuerza radiodinámica.

La doctora Prodwell tuvo una mueca dramática.

—¡Nuestra última esperanza ha muerto!

Todas se miraron con profunda amargura, ante la seguridad de que era inútil intentar crear la vida sin la ayuda de ese soplo de divinidad que es lo que infunde la existencia.

Y la radio pregonó por toda la urbe la desconsoladora nueva:

—¡Atención! ¡El hombre sintético ha desaparecido! ¡El experimento ha fracasado!

Un movimiento de indignación agitó a la multitud. Y un grito feroz surgió de las gargantas femeninas, que querían amar y vivir y protestaban contra lo que creían un engaño:

—¡Muera la doctora Prodwell! ¡Muera! ¡Muera!

Desconsoladas, y preguntándose qué iban a hacer para conseguir un remedio, la doctora Prodwell y sus fieles colaboradoras seguían en el laboratorio.

La doctora se sentía preocupadísima, pensando en la actitud del país cuando éste perdiera la esperanza de perpetuarse. ¡Cómo aplacar la airada voz de las mujeres

que verían transcurrir la vida sin compañero!

De pronto entró otra mujer vestida de aviadora. Era una oficiala de la aeronáutica militar.

Con verdadera emoción, con voz trémula, comunicó:

—¡Una gran noticia! ¡Se ha salvado el mundo! ¡He visto un hombre vivo!

Cien voces de júbilo acogieron estas palabras.

—¡Un hombre! ¡Que me lo traigan!—murmuró, impulsiva, una de las ayudantas.

Todas las demás demostraron con frases parecidas su entusiasmo. La doctora Prodwell, menos fácil ya a la voz popular, impuso silencio, mientras la aviadora continuaba su narración:

—Una borrasca me hizo desviar la ruta sobre el archipiélago de las Quimbambas. Y lo he visto desde mi aeroplano.

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Viva!

—¡Silencio! —gritó la profesora Prodwell—. Y ¿está usted segura de que era un hombre?

—¡Ay, y qué hombre! ¡Con unas barbas hasta aquí!—suspiró, señalando el pecho.

Se oyeron nuevos suspiros.

—¿No sería la mujer barbuda que se exhibía en el circo?

—¡No, no! Era un hombre. ¡De esto entiendo lo mío!

Convencida la doctora de aquella sensacional información, que iba a remediar el angustioso estado en que se encontraba el planeta, meditó unos instantes, al cabo de los cuales indicó:

—Oigan ustedes, De esto ni una palabra a nadie. Es un secreto de Estado. Hay que conseguir a ese hombre antes de que se propague la noticia. Comunicaré con nuestra almiranta para que, sin dilación,

salga un acorazado en su busca.

—¡Bien! ¡Muy bien!

—Ahora mismo voy a alistarme en la marina— dijo una rubia de ojos soñadores.

—Recomiendo discreción. Que nadie diga una sola palabra—repetió la eminente profesora.

Y todas prometieron guardar un absoluto mutismo ante el hecho que les permitiría volver a ver... lo que era el tormento suyo, día y noche: un hombre, esta vez un hombre con *toda la barba*.

Pero una de las colaboradoras de la doctora, una muchacha llamada Peggy, no estaba dispuesta a guardar el silencio prometido. Sin que la doctora estuviera enterada, pertenecía a una banda de "gangsters", temible organización femenina, astuta y poderosa.

Viendo en aquel descubrimiento

motivo de ganancias considerables, se dirigió inmediatamente a la guarida subterránea donde tenía instaladas sus oficinas aquella sociedad criminal, que era la pesadilla del gobierno.

El jefe de la tenebrosa banda era una mujer llamada Al, que vestía traje de hombre y que de hombre

parecía tenerlo todo—energía, dominación, amplitud de ideas, arrogancia—todo... o casi todo.

Peggy llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Peggy. ¿Está el jefe?

—Sí. Está arriba. Pasa.

Franqueada la puerta, se dirigió hacia el despacho, donde en aquel momento Al, la presidenta de la organización, censuraba acremente a varias de sus colaboradoras.

—¿Buena, buena chapuza la de esta noche! ¿Para eso llevabais las ametralladoras y las bombas de mano? ¡Ni que fueseis hombres! Y ahora, oídme bien...

Les comunicó nuevas instrucciones, y en aquel momento entró Peggy, quien, alborozada y nerviosa, dijo:

—¡Al, Al! ¿No sabes? ¡Han encontrado un hombre!

Aquellas palabras produjeron una verdadera revolución. Las muchachas parecieron devorar con la mirada a Peggy. ¿Se estaba burlando de ellas?

—Sí ¿eh?—dijo Al, sin dar crédito a la noticia—. Muérdeme este dedo, rica. ¿Te crees que me lo voy a creer?

—Te digo que es verdad. Una de las aviadoras del correo aéreo lo ha logrado ver en una isla desierta

del archipiélago de las Quimbambas.

—Pero ¿es posible?—indicó una de las *bandidas*—. ¡Ay, como yo le vea!

—¿Sí? Eso será si yo te dejo—protestó otra *pistolera*.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Qué pasa?

Peggy se puso en jarras.

—Ese hombre es para mí, ¿entendéis?

Al, que había estado meditando, movió de pronto los brazos.

—¡A callarse todas!

Se hizo un inmediato silencio, pues sabían cómo las gastaba la *jefa*.

—¡A callarse! ¡Yo soy la que manda aquí!

—Pero no hay que perder tiempo—indicó Peggy—. El gobierno va a mandar un acorazado inmediatamente.

—¡Silencio! Sé bien lo que he de hacer. A ver, tú, ponme en comunicación con Elena, la Browning. Lo que os pasa a "vosotros", "pollos", es que soy muy cerradas de mollera. ¡Pronto! ¡Esa comunicación! Hay unos cuantos millones de dólares a la vista, y en seguida os ponéis a pensar en...

Con gesto enérgico y varonil, Al dijo por teléfono, al conseguir la comunicación:

—Elena, Oye, vas a tener preparado un yate, ¿sabes? Sí, un yate. Con combustible, comida y todo... ¿A ti qué te importa?... Hay que salir esta noche, esta misma noche. ¿Que qué yate? El primero que puedas rolar.

Luego miró a sus colaboradoras.

—Vosotras iréis en el yate, ¿entendéis? Y me traéis aquí a ese

hombre. Eso no será un hombre. Será una mina de oro. ¡Ya lo verá!

Y sonrió con la decisión de la mujer fría, a quien más que el amor le interesa la ganancia.

En cambio, sus juveniles amigas no fueron de la misma opinión... Ellas deseaban para sí al hombre, *nada más, pero tampoco nada menos.*

* * *

Ese hombre, ese último varón que quedaba sobre la tierra, era Ralph Martin, nuevo Robinson Crusoe que, a raíz de su raid sobre el Pacífico, había sufrido en plena mar una avería gravísima, habiendo tenido que aterrizar en una isla desierta, alejada de toda ruta de navegación en mitad del océano.

Los primeros tiempos fueron para él de horrible desesperación; después se fué resignando y avezándose a su vivir salvaje. Había susti-

tuido sus ropas por pieles, como el hombre primitivo, y su rostro lucía una espesa barba, que le llegaba hasta el pecho.

A pesar del tiempo transcurrido, en su alma, como una lamparilla de altar, vivía la pequeña esperanza de que algún día había de ser devuelto al seno del mundo civilizado. Entretanto se alimentaba de frutos y raíces y llevaba la misma vida que los animales pobladores de la selva.

Pero tenía un alma, tenía una mente superior, que se mantenía incólume y rica. De todo su pasado, lo más interesante para él era el recuerdo de Daiotes, a la que no había podido olvidar. Y siempre la tenía en el corazón, preguntándose si alguna vez volvería a verla.

Aquella noche — noche de verano — cantaba sonriente una canción de amor y dirigía dulces miradas a dos retratos de Dolores que había conservado y tenía clavados en un árbol:

*Un niño haremos
Para los dios
Dando el cielo sea más azul
Y estudiaré mil maneras de decir
"I love you."
Muy lejos de cualquier tentación
Me tendrás como quisieras tú
Y al compás
De mi corazón oírás
"I love you."
Nuestra vida será
Un ensueño sin despertar
Hasta que nos embriague
Tan la felicidad.
Y el niño entonces
Ha de crecer
Y se llenará de bebés,
Dando el cielo sea
Más azul se oírás
Cantar, sí,
"I love you".*

Parecían escucharle varios animales, pajarracos, buhos de mirada torva y monos que corrían por los árboles y parecían inquietos ante aquel canto, que sonaba como cosa extraña en la selva.

Cubriéndose con una piel, y después de vacilar sobre si la barba debía meterla dentro o fuera del embozo, se disponía a dormir, cuando un mono desprendió de un árbol un grueso coco, que vino a dar en mitad de su cabeza, transportándole por efecto del golpe a la región de los sueños... Y en sueños creyó ver la figura gentil de su adorada Dolores bailando una danza de clásica factura.

De pronto creyó percibir pasos, voces humanas, que no eran el sonido peculiar de los habitantes de la selva. Sorprendido, se incorporó, creyendo todavía hallarse en sueños, y vió avanzar a varias mujeres, auténticas criaturas, como las que él conociera anteriormente y habían sido su debilidad en las épocas de Don Juan; varias muchachas que vestían trajecitos extremadamente cortos, según el gusto de la época.

Antes de que pudiera pronunciar palabra, una de aquellas mujeres, dominada por una emoción natural e intensísima ante la vista de un hombre — ¡de un hombre, después de tantos años! —, corrió hacia él y le dió un beso tan largo, tan largo, tan absorbente y apasionado, que hacía la competencia a los de las películas.

Ralph se tambaleaba bajo los sahosos efectos de aquella caricia,

mientras las demás muchachas protestaban contra el atrevimiento de su compañera.

—Pero, ¿qué te figuras?

—Déjanos algo, chica.

—No te bebas todo el frasco..

Por fin, cuando le faltó la respiración a la ansiosa, cayó al suelo a causa de la emoción experimentada. Y lo mismo le ocurrió a Ralph ante aquel inesperado y salvoso despertar.

Peggy, que era una de las acompañantas, miró a su amiga:

—¡Si Al se llega a enterar de eso, buena se va a armar! ¡Lléváoslo al bote!

Las mujeres no se hicieron repetir la orden y, levantando a Ralph, lo hicieron seguir, a pesar de sus protestas enérgicas, no concibiendo

que los hombres pudieran ser raptados. Siempre habían sido las mujeres las raptadas. Ahora, todo estaba al revés. Ignoraba, el pobre, que era el último varón que quedaba sobre la tierra.

—Oigan, oigan. Pero ¿qué se figuran ustedes? ¡Déjenme! —gritó.

—¡No, no!

—¡Por favor! ¡Que me han pisado un callo!

Pero sin hacerle el menor caso y disputándose todas el honor de poder llevarlo, se alejaron de allí, dirigiéndose al yate y encerrándolo con guardias de vista.

Ralph no salía de su estupefacción y en vano se preguntaba el origen y la razón de esa especie de rapto mitológico.



Para evitar que fuese visto por nadie o decomisado por el gobierno—que podría considerarlo de utilidad nacional—, metieron al buen Ralph Martin en una caja de embalaje, con algunos pequeños agujeros, los suficientes para que pudiera respirar.

Pero Ralph se ahogaba en aquel recinto y protestaba con energía:

—¡Me ahogo! ¡Abrañ! ¡Sáquenme de aquí! ¡Déjenme salir! ¡Es un abuso! ¡Abrañ! ¡Abrañ!

Pero sin importarles sus protestas, lo llevaron de esta manera hasta la oficina de Al, la temible "gangster" americana.

—¡Abrañ! ¡Se me ha dormido un pie! ¡Aire, aire! ¡Me ahogo!... —repetía con voz más lastimera cada vez.

Al y numerosas colaboradoras le rodeaban, en espera de poder ver

si se hallaban ante un hombre de veras.

A una orden del jefe, comenzaron a desclavar la caja, produciendo un fuerte ruido de martillos.

Al oír el primer martillazo, Ralph, contento, como si llamasen a la puerta de su cuarto, o cosa por el estilo, exclamó:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Por fin levantaron la tapa de la caja, y Ralph, congestionado y sudoroso, apareció ante los ojos de todas aquellas mujeres, que le contemplaban con febril curiosidad.

Olvidándose de que él siempre había tenido para las hijas de Eva una debilidad y una amabilidad extraordinarias, mostró ahora gran indignación:

—¡Ea! ¡Esto se ha acabado! Ya no aguanto más. ¿Les parece bonito tratarme aquí de esta manera?

Al sonrió y le acarició la barbi-
lla.

—Quieras o no quieras, estás en
nuestras manos, y haremos contigo
lo que se nos antoje. ¿Te enteras,
galán?

—Pero ¿por qué? ¿Qué motivo
hay para que me detengan de ese
modo?

—Eres el último varón que que-
da sobre la tierra. Todos los demás
murieron y tú eres el supervivien-
te milagroso.

—¿Muertos? ¿Cómo es posible?

—Cayeron bajo la "varonitis".
Tú te libraste de ella por fortuna.
Eres el único ejemplar. Y ¡figúrate
si vamos a dejarte libre!

—¡Y un cuerno!

Y furioso, se acercó a la mesa y
descolgó el auricular del teléfono.

—¡Central! ¡Central! ¡Deme la
estación de policía! ¡Pronto!...

Pero Al cortó el cordón del telé-
fono.

Ralph se dió cuenta de la acción
de Al.

—¿Qué está usted haciendo?...
¿Cómo se atreve?

Pero a una orden del jefe, varias
mujeres le impidieron to'lo movi-
miento, y Al, con las tijeras, cortó
también una buena parte de la ne-
gra y espesa barba del último va-
rón.

—¡Esto es un abuso!—gritaba él
desesperado—. ¡Una tomadura de
pelo intolerable! Soy el último hom-
bre que queda y merezco más consi-
deración.

—¡Y que lo digas! Por falta de
consideración no te vas a quejar.

Y, a pesar de sus protestas, lo
encerraron en un cuarto, mientras
todas las muchachas comentaban
emocionadas el maravilloso tesoro
que tenían en su poder, tesoro que
cada cual creía exclusivamente su-
yo. ¡Un hombre! Y un hombre de
carne y hueso, con sangre, vida, co-
razón, pasiones, pensamientos. ¡Es-
to sí que era una maravilla y no el
muñeco ideado por la doctora!



Iba a efectuarse una subasta secreta entre las mujeres más ricas de la ciudad. Aquel hombre, aquel tesoro único y casi fabuloso, valía una cantidad importantísima.

Muy discretamente, se habían hecho circular unas bojititas que decían:

Subasta secreta.

Todas lo deseáis. Lo hemos encontrado.

¡Ofreced!

Y a las mujeres que tenían verdadero interés y dinero suficiente para poder comprarle, se les dió una contraseña, mediante la cual podrían asistir a la subasta.

Las precauciones eran innumerables para que ninguna espía se introdujera en el salón.

Peggy se hallaba ante la puerta y preguntaba:

—¿La contraseña?

—“Es mi hombre”—le respondían.

—Está bien. Pase.

Pero a todas las cacheaba, protestando algunas de ellas contra tan rigurosas medidas.

—No se disguste. Despacito — explicaba la *jefta*—. Tenemos que asegurarnos de que no hay ninguna confidente del gobierno.

—¡Oh, a mí no me importa el gobierno! — dijo una de las visitantes—. A mí me importa el hombre. ¿Se le puede ver?

—Ya lo verá usted cuando llegue el momento.

Iban entrando, una después de otra, pronunciando todas ante la mirilla las palabras de ritual: “Es mi hombre.”

La sala presentaba el aspecto de las grandes solemnidades de un

se oyeron unos disparos y se abrieron las puertas del salón.

Y apareció la doctora Prodwell seguida de varias mujeres policías fusil en mano.

—¡Alto a la autoridad!

Se armó un nuevo griterío: varias mujeres rodearon a Ralph dispuestas a protegerle contra todos. Y Ralph, que se hallaba justamente alarmado ante el temor de caer en poder de alguna de aquellas feas temibles, exclamó:

—¡De buena me he librado!

La doctora se dirigió a Al, que parecía furiosa por su fracaso.

—¡Queda usted arrestada en nombre de la Ley!

Y dirigiéndose a Ralph:

—El Estado ha acordado la incautación del último hombre. Lo descubrió una aviadora del Gobierno. Queda usted bajo la protección oficial hasta que el Congreso decida lo que se ha de hacer con usted...

Ralph vió el cielo abierto con aquellas palabras. Y preguntó, tímidamente:

—¿Cree usted que se me dejará presentar mi Estatuto?

—Ya hablaremos.

Seguía, cada vez más formidable, el escándalo. La policía procedía a desalojar la sala. Al no se resignaba a perderlo todo.

—¡Esto es un atropello! ¡Un abuso de la autoridad!

—¡Un admirable acto de gobierno!—dijo Ralph encarándose con la *jefta*.

Y a pesar de las violentas protestas de todas aquellas mujeres que creían perder aquello a que tenían perfecto derecho, según su parecer, la guardia del gobierno se llevó para su custodia a Ralph, cuidado y atendido como si se tratara del mayor tesoro. Y lo era en realidad. Era la vida. Era más que la vida...

Aquella noche todas las rotativas del mundo gimieron prontas a pregonar a todas partes la sensacional noticia. Y los diarios eran arrobados por todas las manos.

—¡Últimas noticias! ¡Última edición! ¡Se ha encontrado un hombre!

Las calles estaban invadidas de una gran multitud que comentaba el acontecimiento. Las bocinas de los autos, las sirenas de las fábricas, las campanas de las iglesias sonaban en homenaje al sensacional encuentro. ¡Un hombre! El mundo ya no estaba condenado a acabarse. De aquel hombre, como de una nueva raza humana, surgiría otra generación.

Dolores, la antigua novia de Ralph, en cuyo corazón había seguido guardándole un culto calla-

do, pero profundo, leyó con indescriptible alegría la noticia, viendo, por el retrato que llevaba el diario en primera plana, que se trataba de Ralph Martin.

—¡Mirale, mirale, mamá! ¡Es mi Ralph! ¡Mirale, aquí está!

La señora Winckle miró el periódico. Y un aire de disgusto se retrató en su rostro.

—¡Vaya! Debí haberlo esperado. ¡Si no podía ser más que él!

—¡Está vivo, miralo!

—Sí, hija, más vivo que nunca... Pero ¿adónde vas? —añadió viendo que Dolores, con el periódico apretado contra el pecho, iba a salir.

—¿Adónde él esté! ¡Es el único hombre que amo en el mundo!

—Pero, Dolores...

—¡Déjame, mamá! ¡Le quiero! Y salió como si tuviera alas, empujada por el amor.

Las cosas habían cambiado radicalmente para Ralph Martin. De la incomodidad de la vida en la selva, había pasado al exagerado refinamiento de una existencia de mimos y de esplendores. Ya no le parecía, como al principio, tan desagradable su destino; sólo le preocupaba lo que iban a hacer con él.

Por el momento le habían instalado en unas suntuosísimas habita-

ciones de palacio, atendido por bellísimas mujeres.

Y él se dejaba mimar...

Todo el mundo estaba pendiente de su preciosa vida. Y la radio esparcía a los cuatro vientos noticias respecto a él.

—¡Atención! ¡Atención! En este momento está saliendo del baño de agua perfumada. ¡Dios mío, qué bien huele! Las gotas de agua sobre

su pecho de Adonis brillan como gotas de rocío. Ahí tienen ustedes un magnífico metro ochenta de hombre.

Ralph sonreía a la vida y era relativamente feliz... Después del baño, bellas mujeres como odaliscas de harén, dispuestas a servirle y agasajarle, le sonreían mientras él, dominado por un nirvana encantador, se dejaba caer en un amplio diván de una estancia suntuosa y manifestaba el deseo de fumar un cigarrillo. Todas las muchachas le ofrecieron tabaco y lumbre y él no sabía por quién decidirse ante aquellas bellísimas criaturas que se morían por sus huesos. Encendió al fin un cigarrillo y comentó:

—Cuando era un cavernícola en la isla desierta, no tenía tantas comodidades.

Una de las mujeres dijo:

—Está en el programa del gobierno el hacerle a usted la vida agradable.

—¿Sí? ¿Pues sabes que como sigas mirando de esa manera va a haber gobierno para rato?

Cerca sonaba una música suave, rumorosa, que parecía cantar triunfos de amor. Ralph, emocionado por el ambiente, ilusionado por aquellas criaturas de ojos amorosos, de labios que parecían pedir

un beso, empezó a acariciarlas y a cantar:

*Jamás lo creí
Que iba a terminar así
En un mundo original
Donde el beso es enfermedad nacional.
Es difícil decir
Sin equivocación
Cuál es lo que he de elegir.
Creo que tomaré la resolución
De encerrarlas en mi corazón.
No hay nada que se pueda comparar
A este capricho del destino.
En medio de tantísima beldad
Yo soy, por cierto, el único hombre vivo.
Dice un viejo refrán
Que en amor lo que vale es la variedad.
Si es por eso, no hay duda
Que el amor nuevo siempre será.
No hay nada que se pueda comparar
A esta situación ideal.
Terrible confusión se va a armar
Entre ésta, aquella, la otra o tú.
Jamás creí que iba mis días a terminar
Como moderno Barba Azul.*

Luego comenzó entre sus adoradoras y él el juego del escondite. Las muchachas, alegremente, le vendaron los ojos con un fino pañuelo y empezaron a jugar, descoasas de que él las alcanzara y besara. ¿Cuál sería la elegida para recibir el beso de aquellos labios tentadores del único varón?

Y mientras aquellas escenas de harén se sucedían en la suntuosa sala, Dolores se presentaba en aquel palacio, enterada de que allí moraba el último hombre.

La vigilancia era extrema, im-

pidiendo la entrada a todo el mundo, pero ella recurrió a una estratagemata.

Dando muestras de gran sofocación, avanzó hacia la puerta donde había unas centinelas, a quienes dijo:

—¡Por favor! ¡Detengan ustedes a aquel hombre que me viene siguiendo!

—¡Arrea! ¿Otro hombre? ¿Dónde?

—Allá... A la vuelta de la esquina.

La noticia de que pudiese existir otro ejemplar del sexo amado casi las enloqueció, y olvidando sus deberes de vigilancia corrieron hacia la esquina, permitiendo ello a Dolores poder entrar tranquilamente en el palacio.

Ya en el corredor encontró a otras mujeres policías, a quienes dijo antes de que le preguntaran la causa de su presencia:

—Abajo han encontrado once hombres más... ¡Un equipo de fútbol!

Oír aquello y correr como hambrientas hacia la calle, fué cuestión de unos segundos. Y Dolores pudo entrar en el salón donde Ralph con los ojos vendados jugaba al escondite con las bellas y perfumadas ninfas del barén.

Reconoció a su Ralph con emo-

ción, pero al verle jugar con todas aquellas muchachas que parecían esquivarle tentadoras y felinas para excitarle más, sintió que los celes volvían a morder en su alma.

¡Ah, siempre el mismo! Ralph, desorientado, tanteando torpemente por el salón, avanzó hacia ella, consiguiendo apresarla entre sus brazos y dándole un fuerte beso en la boca, mientras las sultanas se reían.

Quitóse el joven la venda, y cuando creía tener entre sus brazos a una de las lindas amiguitas, reconoció con admiración y alegría que se hallaba ante Dolores.

—¡Dolores! ¡Vida mía!

Ella permaneció seria, ofendida, mientras las muchachas se alejaban en tropel.

—No te enfades. Espera, yo...

—Ya sé—contestó friamente—. Me lo explicarás todo. Eres el mismo de siempre.

—Pero, Dolores ¡qué gran alegría! Y tú ¿no te alegras de volverme a ver como antes?

—Exactamente como antes...

Como su tono de voz era duro y grave, él quiso apartarla de toda mala intención.

—Pero ¿qué quieres que le haga si me rifan las mujeres?

—Que no toques a ninguna.

—Además, a mí no me pidas cuentas. Eso al gobierno. Yo formo

parte del Tesoro Nacional y es al ministro de Hacienda al que hay que...

Otras mujeres, bellas y jóvenes también, le cogieron en aquel instante, le hicieron sentar y una de ellas, con un pulverizador, le perfumó la boca.

—¿Ves tú? ¿Ves como soy el hombre más desgraciado que hay? —se quejó cómicamente a Dolores.

Y ésta, furiosa, repuso:

—Está visto... ¡Ya no me quieres! Se te ha subido a la cabeza el haber batido el record de supervivencia.

—No, si yo te quiero mucho, mucho. Pero no sé si puedo. Me debo a la patria. Me...

Se interrumpió; ahora le pusieron el termómetro entre los labios.

—¿Ves? Me debo a la humanidad. Estoy hecho un nuevo Adán. Soy el comienzo de otra raza. ¿Ves? El mundo entero está pendiente de mi temperatura.

No tenía fiebre, y las muchachas se alejaron con un suave balanceo de sus cuerpos de danzarinas.

Dolores, inquieta, preguntó:

—Entonces ¿eso quiere decir que no te vas a casar conmigo?

—Pídele mi mano a la presidenta de la República. Además, ¿no fuiste tú la que me enviaste a una muerte segura, con la mayor indi-

ferencia? Imagínate, imagínate que la isla desierta hubiera estado llena de osos polares, de canibales... de... cocodrilos. Por suerte no había más que cocos... ¡Oh! Me arrojaste de tu lado peor que a un perro... mientras afuera caía la nieve...

—No estaba nevando.

—Pero así es más bonito. En fin me echaste, que es lo principal.

Dolores, vencida por el amor y comprendiendo lo injusta que fue con su novio, suplicó:

—No lo volveré a hacer más.

¡Ralph! ¡Te quiero tanto!

—Y yo también te quiero. Bien lo sabes. Te he querido siempre, sólo a ti.

—¡Ralph! Nos iremos lejos, a un lugar apartado. A un sitio donde no haya más mujer que yo...

Ralph pensó en las lindas amiguitas y, sempiterno Don Juan, no pudo contener un hondo suspiro al pensar que tendría que abandonarlas a todas. Ciertamente amaba a su novia, pero...

—¡Como tú quieras! — dijo resignado.

—Sí. Los dos solitos, juntos...

Avanzaron hacia la puerta, Ralph se atrevió a indicar:

—Pero ¿no crees que necesitarás por lo menos un par de criaditas?

—¡No!

—¿No?

Lentamente llegaron al corredor. Pero ya en él vieron avanzar a la doctora Prodwell seguida de un ejército de policías.

—¿Adónde va usted?—inquirió, severísima, la doctora.

Dolores se estrechó contra Ralph, quien murmuró:

—Yo voy a comprar tabaco.

—¡Ah! ¿sí? ¿No sabe usted que tiene que comparecer ante la Liga de Naciones?

—¿Ante la Liga de Naciones? ¿Yo? ¿Para qué?

—Es una imposición de las potencias extranjeras. Hay que evitar un conflicto internacional. Todos los países lo reclaman y es necesario encontrar una fórmula conciliatoria. Por eso ha intervenido la Sociedad de Naciones para ver quién tiene más derecho.

—Pero, doctora, si Dolores y yo estamos comprometidos...

Dolores gritó indignada:

—¡Yo soy la que tiene más derecho! ¡Es mío y sólo mío!

—¡Ansiosa!

—¡Yo se lo quitaré a la que se me ponga delante!

—¡Basta!

A una orden de la doctora varias mujeres separaron a los dos novios obligando a Ralph a entrar nuevamente en los salones y expulsando a Dolores del palacio.

—¡Ralph! ¡Ralph!—gritaba desesperadamente la novia.

Pero Ralph no la oía. De nuevo iba a vivir la atmósfera de opio de aquella especie de harén.

Y Dolores, presa de celos al considerar que su novio, que era tan débil para aquellas cosas del amor, quedaba de nuevo en poder de las peligrosas odaliscas, marchó a su casa, pensando en cómo hacerlo para reconquistar de una vez y ganar a la humanidad entera el único hombre que quedaba.

* * *

Y llegó el gran día en que reunióse el Consejo de la Liga de Naciones para acordar a quién pertenecía Ralph Martin. Como si se tratara de algún territorio, todas las potencias lo reclamaban. De aquella gran sesión iba a salir seguramente un acuerdo.

Bullía la ciudad bajo la emoción del acontecimiento. La voz de la "speaker" seguía dando detalles de lo ocurrido.

—Ahora llegan las embajadoras al salón de conferencias para acordar la magna decisión de la Liga de Naciones. Ahora entra Rumanía. Eso es una embajadora.

Entre grandes aplausos penetró la embajadora de aquel país, soberbia mujer, a quien el traje corto de moda modelaba sus formas estatuarias.

—¡Suiza! ¡Vaya piernas que ha hecho subiendo al Mont Blanc!

Toda simpatía y agilidad, mujer deportiva y fuerte, entró la linda embajadora del país de las nieves.

—¡Francia! Está mejor hecha que la Torre Eiffel.

Era una bella criatura, graciosa y espiritual, como la esencia de su país.

—¡Groenlandia! Esta mujer derrite un témpano.

Y así fueron anunciando a todas las demás.

Pronto quedó constituida la Asamblea. La presidía por derecho propio la doctora Prodwell, acompañada en la gran mesa por varias magistradas que usaban típicas pelucas rizadas.

Ante la presidencia se extendían en hemiciclo las mesas individuales con las embajadoras de los distin-

tos países del mundo. España ponía su nota original con su peineta y su mantón.

Al pie de la mesa presidencial se había colocado una silla en la que tomó asiento el pobre Ralph Martín, como un procesado a quien fuesen a juzgar todos los jueces del mundo. Sus miradas iban de una embajadora a otra. ¿Qué raza, qué país se lo llevaría? ¡El, que sólo deseaba a su bella Dolores, a su linda Dolores, a la que vió allá, en la tribuna pública, entre la masa entusiasta que esperaba la decisión!

Las embajadoras dirigían sus ojos de fuego al buen Ralph, que empezaba a marearse. ¡Aquella atmósfera, aquellas miraditas, aquellos perfumes! Vió entre las mujeres a Toots, que representaba a los Estados Unidos. Ella le sonrió, pero él apartó los ojos con disgusto.

La presidenta se levantó y reclamando silencio comenzó a hablar:

—Yo, como presidenta de este alto Tribunal, me dirijo a cada una de las representantes extranjeras para que expliquen sucesivamente las reclamaciones que sus respectivas potencias hacen respecto al último varón sobre la tierra.

Se oyeron gritos de fervoroso entusiasmo, y la doctora continuó:

—Alemania tiene la palabra.

Se levantó una mujer rubia, vestida con la toga y el birrete universitarios. Habló con frialdad:

—Señoras: El mundo está necesitado de una raza profundamente intelectual y filosófica. Alemania es la cuna de la cultura. Yo ofrezco, modestamente, mi cerebro para la salvación del genio de la especie.

Ralph murmuró con indiferencia:

—¿Y qué hago yo con el cerebro?

Alemania sonrió picarecamente y abriendo la toga mostró al único varón el tentador tesoro de su cuerpo atlético vestido con escasa ropa. Dentro de su situación, Ralph sonrió complacido. El cerebro de Alemania reposaba sobre firmes bases...

La presidencia concedió la palabra a China.

—China, el Celeste Imperio, es la verdadera cuna de la civilización

—afirmó la graciosa chinita.

Y en el idioma natal pronunció un vibrante discurso, accionando con energía y produciendo náuseas a Ralph ante la idea de ir a parar al país de las coletas.

Fue interrumpida varias veces por otras lindas embajadoras, hasta que habló a continuación Ingla-

terra, una mujer también rubia y de cuerpo sano y vigoroso.

—He oído antes la palabra cerebro y no he podido contener la risa. Lo que el mundo necesita es la fuerza física. Nosotras, las mujeres inglesas, somos la raza más sana y atlética del mundo.

—¡Eso es mentira!—protestó Escandinavia yendo a su encuentro—. La raza escandinava es la única perfecta físicamente.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo, y lo repito aquí y en Copenhague.

—“Very well”.

—¡Pues no faltaba más! Esto es lo que hacemos nosotros con Britania.

Y cogiendo un libro que tenía la inglesa sobre la mesa, lo partió en dos fragmentos y lo tiró a la cabeza de la representante del Reino Unido.

Armóse una algarabía de todos los demonios. Las distintas embajadoras, perdiendo su empaque diplomático, intentaron agredirse a pesar de las enérgicas protestas de la doctora Prodwell, que en vano reclamaba silencio. Pero entonces se dejó oír una voz clara y firme que destacó sobre las demás.

Se acababa de levantar la embajadora de un país de sol y de flores, que vestía mantón de manila y

lucía un peineta en el pelo de crenchas negras.

—¡Un momento, un momento! Se han olvidado ustedes de la raza hispana.

—¡Bien! ¡Bravo! —dijo Ralph aplaudiendo con entusiasmo ante el castizo donaire de la española.

—La raza hispana combina todas las cualidades que se han mencionado y además tiene una cosa que ustedes no han olido en su vida.

—¿Qué es?

—Pues gracia, *arma mía*... ¿Le parece a usted poco?

Promoviósese un nuevo alboroto. La embajadora inglesa gritó airada:

—Protesto, el humor inglés...

—¡Y el *esprit français*!—dijo la representante de Francia—. Además, se han olvidado ustedes de que Francia es el país del refinamiento, de la elegancia, de la hermosura...

Toots, que tenía grandes esperanzas de llevarse a Ralph, se levantó muy decidida y, señalando su cuerpo de estatua, dijo:

—Bueno, y Norteamérica, ¿qué?... ¿No somos las mujeres más bellas del mundo?

—Después de la parisiense—protestó la francesa.

Pero la española indicó con fina sonrisa:

—Después de la madrileña, de la mexicana, de la porteña, de la catalana, de la cubana, de la brasileña, de la chilena, etc...

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Silencio! ¡Orden!

Las embajadoras se habían puesto de pie y se miraban furiosas, prontas a la agresión.

Desde el público se seguía con extraordinario interés las incidencias del debate. Dolores tenía miedo. ¿Qué mujer de aquéllas le quitaría al hombre amado?

Ralph contemplaba en silencio el espectáculo. Eran las mujeres más hermosas de la tierra las que se lo disputaban. Revivía en él, a ratos, el culto de Don Juan, adorador de todas las criaturas. Pero reaccionaba en seguida contemplando a Dolores y diciéndose que ella valía más que nadie.

Las diplomáticas en su lenguaje y en sus gestos parecían más bien comadres de un patio de vecindad.

Francia se ponía en jarras y señalando su cuerpo fino y ondulado decía a Toots, la representante de Norteamérica:

—Pero ¿no se ha fijado usted en esto?

—Pues ¿y esto?—protestaba la yanqui acariciando sus piernas de alabastro.

—¿Y esto?

—Vamos, niña, ¿y esto?

—Y esto ¿qué?

—¿Y esto?

—Pues, ¿y esto otro?

Y ante el regocijado auditorio, las dos alegres mujeres no dejaban un pedacito de su lindo cuerpo sin señalarlo, como tesoro sin rival.

La francesa seguía protestando:

—¡Vaya con la niña!... ¿Y esto? ¡Donde está una francesa, que se quite todo!

Ralph aplaudió convencido:

—¡Muy bien! ¡Muy bien!... ¡Que se quite todo!

La Liga de Naciones tenía el aspecto típico de los mercados.

—¡Envidiosa!

—¡Fea!

—¡Antipática!

Hubieran seguido infinitamente los piropos de no imponer silencio a golpes de martillo la presidencia.

—¡A callar todo el mundo! Como estamos aquí para conciliar las diferentes opiniones... y para conservar la paz mundial, las jueces y yo decidiremos la cuestión.

Y entre los murmullos de las distintas embajadoras, las señoras que constituían la mesa presidencial deliberaron en voz baja con grandes gestos y aspavientos.

Ralph estaba cada vez más nervioso ante la idea de que le tocase en suerte el país más desagradable.

Además, allá arriba estaba Dolores, que era su única elegida. Y empezó a suplicar a las jueces, sin obtener de éstas la menor respuesta:

—¿Pero es que a mí no se me toma en consideración? ¿Yo que soy el interesado? Yo no quiero casarme con nadie más que con mi novia... Es lo que más quiero en el mundo. ¿Por qué no responden? ¿Es que yo no soy nadie?

La doctora pegó un fuerte golpe contra la mesa.

—¡Se calla usted! ¡Estamos deliberando!...

Nuevos rumores acogieron estas palabras mientras Ralph se dejaba caer desalentado en su silla.

La doctora, después de una última impresión con los miembros del Tribunal, habló solemnemente:

—¡Un momento! ¡Un momento! Las jueces no logran llegar a un acuerdo amigable. Pero como este país ha sido el que ha descubierto al único hombre vivo, se quedará con él en vista de las razones jurídicas que le asisten.

—¡Fuera! ¡Fuera!—rugieron al unísono las embajadoras.

—¡A callar, demonios!... Para bien de la humanidad, yo no cedo a nadie el sacrificio... y me ofrezco a casarme con él.

Y la buena doctora Prodwell bajó los ojos llena de rubor al ofre-

cerse para el sacrificio de marras.

Ralph quedó aterrado, mientras una ola de indignación corría por todas las diplomáticas, que se apresuraban a telefonar desde sus mesas a sus gobiernos respectivos ante aquel inaudito acuerdo.

—Rompeamos nuestras relaciones diplomáticas—decía Inglaterra.

—Francia publicará un Libro Verde.

—¡Elefantes, elefantes!—gritaba Hindú—. ¡Vengan mis elefantes!

—¡Que vayan engrasando los cañones del 42!—decía Alemania.

Y la China:

—¡Fari, Fari, Fari!

Y España, con ojos de llama:

—Una estrecha alianza hispano-americana.

Y la representante de Groenlandia:

—¡Bla-Bla-Bla!

Y la india:

—¡Indian gibberish!

Y Escandinavia:

—Preparemos nuestras escuadras.

Y todo el mundo amenazaba con una nueva guerra en que esta vez por un solo hombre iban a caer a miles las mujeres.

Dolores sollozaba. Vría perdido al ser amado. Ralph la contempló una vez más; escuchó el griterío de

la sala y no pudiendo resistir por más tiempo su húmida actitud lanzó un grito de protesta consiguiendo que se hiciera el silencio.

—¡Alto! ¡Alto! Ahora voy a hablar yo. Están ustedes en un error lamentabilísimo. No se puede crear una raza solamente con la hermosura, el cerebro y la fuerza. Los antiguos griegos quisieron hacerlo y ya ven ustedes el resultado que les ha dado. *No queda ni uno de ellos*. Las civilizaciones caen porque olvidan lo más importante de todo. ¿Sabéis qué? ¡El amor! Lo único fundamental, lo único que vale la pena de tomar en serio en la vida.

—¡Que se calle!

—¡Siéntese!

—¿Qué está diciendo? ¡Fuera!

La doctora le amenazó con el martillo.

—Aquí estamos hablando de matrimonio. El amor no entra para nada.

Pero Ralph no se amilanó:

—Eso será lo que diga un servidor, que para algo es el último varón sobre la tierra. Yo soy el que va a ponerlo todo en su punto.

—¡Cállese!... ¡Silencio!

—¡No me callo! ¡No me callo!... ¡O se aceptan mis condiciones o ahora mismo, delante de ustedes, me mato!

Y sacándose un revólver del bolsillo lo acercó rápidamente a su sien.

Un grito de espanto salió de todas las gargantas. La idea de que pudiera matarse el último hombre que quedaba en el mundo las aterrorizó y se llevaron las manos a la cabeza.

—¡No, no haga usted eso!—dijo la doctora con temblorosa voz—. ¡Por favor! ¡No, no!...

Dolores había salido de la tribuna y burlando la vigilancia de las ujieres consiguió llegar al sitio donde estaba Ralph y se abrazó a él, lívida y temblorosa.

—¡Ralph! ¡No haga eso! ¡Por Dios! ¡Por todo lo que más quieras en el mundo!

Ralph susurró sonriente:

—No tengas cuidado. Está descargado.

Y luego volviendo a mirar altivamente a toda la Asamblea, añadió, siempre con el arma a punto de disparar:

—Bueno, ¿se hace desde ahora lo que yo mandé o no?

¡Qué remedio les tocaba! Aquel muchacho era capaz de pegarse un tiro, y ¡adiós humanidad! Bien. Aceptarían lo que él quisiera mientras continuase viviendo.

—Sí, sí, sí—dijeron a coro todas las mujeres.

—Pero ¿qué es lo que va usted a

hacer?—preguntó intrigada la doctora.

—¿Que qué voy a hacer? Pues casarme con mi novia, la única adorada por mí.

Y abrazando a Dolores cantó su canción favorita:

*Un niño haremos
Para los dos
Donde el cielo sea más azul*

*Y estudiaré mil maneras de decir
"I love you".*

Y acabaron todas las mujeres por cantar la misma melodía, resignándose tristemente a no ser las elegidas, mientras Dolores y Ralph proclamaban con un fuerte beso el anhelo de crear una humanidad nueva, nacida del amor y para el amor.

FIN

RECUERDE ESTE TÍTULO

Grand Hotel

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

- La vida alegre.
El gran desafío.
Miguel Strogoff o el
Corro del Zaf.
La princesa que amo
amar.
El coche número 11.
Una familia.
Mara Nostrum.
Narcís, el hombre que se
vendió.
Cebra.
El La de Montecarlo.
Vida bohemia.
Zara.
¡Adiós, juventud!
El juicio errante.
La mujer desahogada.
La vie Ramona.
Casanova.
Hotel imperial.
Don Juan, el burlador
de Sevilla.
Noche social.
El ségundo cielo.
Ecuat Oreo.
Los vendedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben Hur.
El demonio y la carne.
La rascallona del libano.
La tierra de todos.
Tribul.
El rey de reyes.
La ciudad castigada.
Hana y arena.
Agulitas trinitarias.
El sacerdote Malabar.
El capitán Ferrall.
El jardín del edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Kerovina.
El doctor de la carne.
La mujer divina.
Ales.
Cuatro hijos.
El carajá de V. Ande.
El árbol de la vida.
La Citra, cita.
El venturo.
Animes.
Marta Ranga.
La bellísima de la Opera.
Ben Ali.
Los cuatro diablos.
¡He, paposo, rai!
Volga, Volga.
La albatros pástica.
Un cierto muchacho.
Nostalgia.
La ruta de Singapote.
La carta.
Mister Wu.
- Enacer.
El despertar.
Las tres pasiones.
La película del amor.
Christina, la voluntaria.
¡Vive Madrid, que es un
peñal!
Bambusa blanca.
La copia andalusa.
Los ocultos.
Laron.
El conde de Montecarlo.
La mujer negra.
Virgines modernas.
El negocio de Tahití.
Entradas dicesas.
La senda del 93.
Esto es el cielo.
Espelimos.
Evangélicos.
Omnívoros salvajes.
El caballero.
Saulismo.
La máscara del diablo.
El gran maestro de cada
día.
Vicio hidalguito.
Posesión.
Ternario.
La pecadora.
El beso.
Él se va a la guerra.
Las horas de nadie.
El pensador de neulas.
Harris Tabet de Cozen.
Las dos hermanas.
La sanción de la esposa.
El premio de un beso.
La ramada del recuerdo.
Deliriosos.
Del mismo barn.
Escaladas.
Cetro de Infancia.
Olimpio.
Monsieur Sans-Gêne.
hombres de gloria.
Marta.
Lectio de amor.
Molly (la gran parada).
El valiente.
De Bronx - marchen!
Prim.
El presidente.
Nemora.
El gran abarco.
Ternario.
El dios del mar.
Anne Christie.
Serfido de mis amores.
Nostalgias nuevas.
Ben-Hur (edición popu-
lar).
La incremable.
El espi.
El nave real.
Bajo los techos de París.
- Wu-Chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
¡Sin error!
¡Aislura!
La mujer que amamos.
Al tiempo de 3.
La princesa de esumora.
Amantes de amor.
El gran desafío (edición
popular).
Dr. Harry, mujer de
pasión.
La vida alegre (edición
popular).
Ángeles del infierno.
Corpo y alma.
El impostor.
Esposa a medias.
Escizas de la moda.
Lari Galá.
Lari que está al peñal.
Inspiración.
El proceso de Mary
Dugan.
En cada punto un amor.
Marruecos.
¿Conocer a su mujer?
El millón.
La mujer X.
Geos alegre.
Mar de fondo.
La dama sagrada.
La ley del barco.
La fruta amarga.
Vidas truncadas.
La lava del mar.
Tubo.
El pasado oculto.
Papá pírrica largua.
Tráiler Hara.
Un negocio en la meta
del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Materiedad, a el derecho
la vida (obra de arte).
Capitán (la tragedia de
Estudiantina.
Las perspectivas de Skippy.
¡Qué estudio!
El camino de la vida.
Noche de Viena.
Mardi.
Eran veint.
Cher-Bibi.
Exámo era vea.
Compañeros de luz.
Los hijos de la calle.
La albatrosada.
Materias Saxon.
¿Cómo se suicidan?
Marianita.
El carnet amarilla.
Eduarda a su madre.
- En última noche.
Las algaras chinas de
Vicia.
¡Viva la libertad!
Malvada.
El impostor del amor.
Delicosa.
Citas en vida.
Amargo solido.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que amamos.
¡Mistral!
La calle.
El prófugo.
Alfombra de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Strogoff o el
Corro del Zaf (edición
popular).
La hermana San Sulpicio.
El divorcio y la carne
(edición popular).
La dama misteriosa.
Los clavos de la Virgen.
Fuerza de bella.
Alma libre.
Al Capone (Pánico en
Chicago).
Mi último amor.
Muchachos de uniformes.
Marido y Mujer.
Mata-Hari.
Cogaorta (obra de se-
ria).
Carcelera.
Ezote uno vez un vals.
Hombres en su vida.
Ricida.
Rebeca.
Indeseable.
Tarrón de los mones.
El terror del tiempo.
La vuelta al mundo con
Domingos Fairbanks.
China bien.
Nación caradós.
Champ (El campeón).
La serpa del jaguar.
Los amores de José Mo-
jica (obra de serie).
El caballero de la noche.
Arístide Lupin.
La dama del 13.
Amor en venta.
El pecado de Medusa.
Claudet.
La cruz de los muertos.
Titanes del cielo.
El Proco Dorylus.
La vida de un gran se-
ñor.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

VIOLETAS IMPERIALES

por RAQUEL MELLER. Diálogos y magníficas canciones en español.

En preparación:

EL DOCTOR X

Escalofriante producción, interpretada por LIONEL ATWILL, FAY WRAY, etc.

En breve:

FANTOMAS RAFFLES SHERLOCK HOLMES

¡TRES ASUNTOS DE SENSACION!

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Colección usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGRE



EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Ellena Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Eugénie Heim.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chazard, Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPÁ POR AFICION, por Warner Baxter y Marlan Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Luce Véllez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTIFICIFRA, por Edward G. Robinson, Lorelle Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

Próximo número:

CONDENADO, por Ronald Colman.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.

Precio: **50** céntimos



LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

Chandú (Fantasía oriental)

por Edmund Lowe e Irene Ware

El dinero tiene alas!

por Will Rogers, Dorothy Jordan, etcétera

No quiero saber quién eres

por Liane Haid y
Gustav Froehlich

Próximo número

La mujer pintada

por Peggy Shannon
y Spencer Tracy

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: **50** céntimos

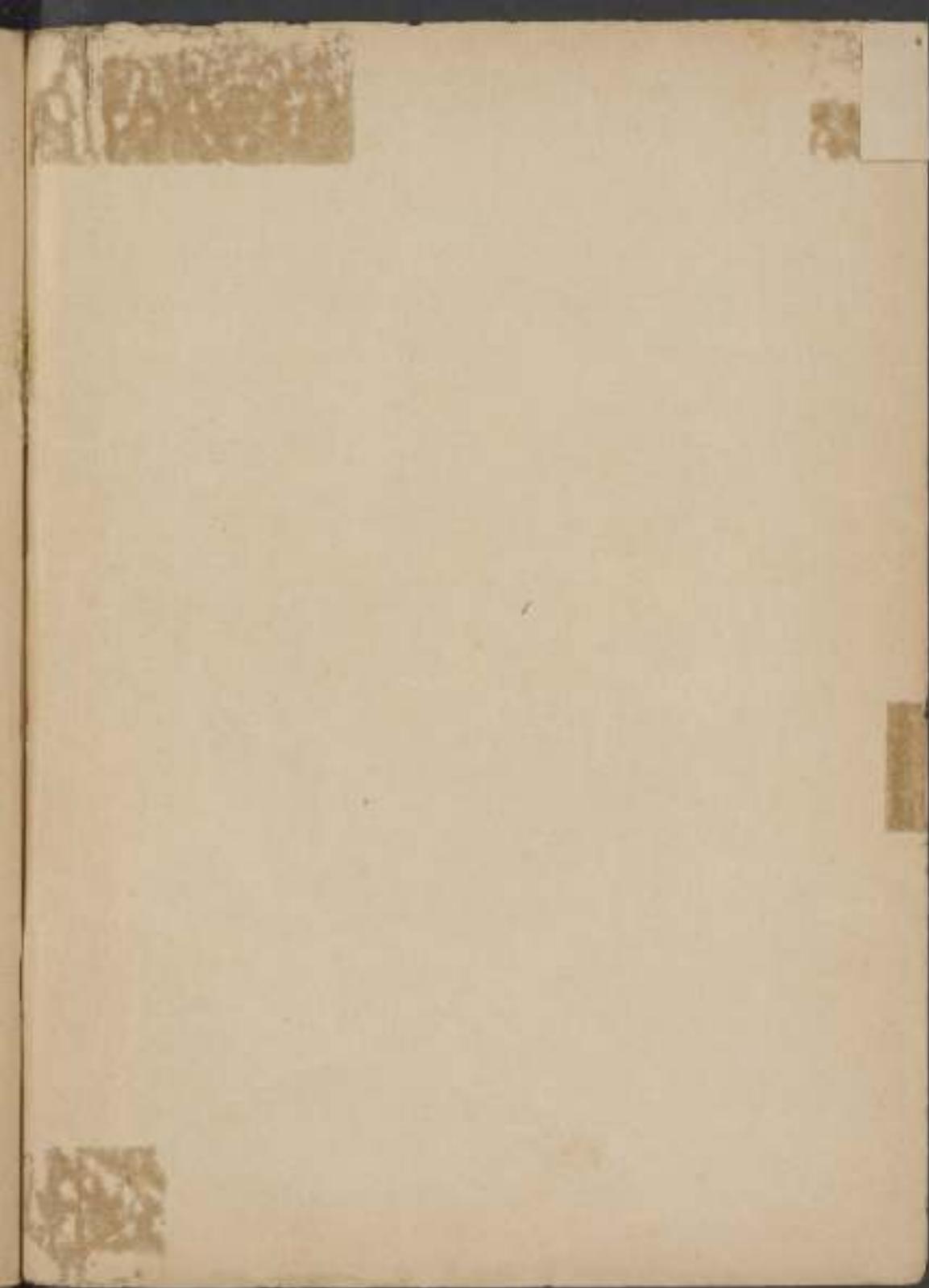
AVENTURAS FILM

Números publicados:

- Núm. 1. SANGRE INDIA, por el coronel Tim Mac Coy.
" 2. EL CAPITAN SIN MIEDO, por Tim Mac Coy.
" 3. EL PERRO DETECTIVE, por Lionel Barrymore.
" 4. EL GATO SALVAJE, por Tom Mix.
" 5. AJUSTANDO CUENTAS, por Fred Thompson.
" 6. LOS JINETES DEL CORREO, por R. Cortez.
" 7. CAMINO DE ARIZONA, por Gary Cooper.
" 8. EL RIO DEL OLVIDO, por Jack Holt.
" 9. LOS DIABLOS AMARILLOS, por T. Mac Coy.
" 10. EL AGUILA DEL MAR, por Ricardo Cortez.
" 11. EL CAPITAN BLOOD, por J. Warren Kerrigan.
" 12. LA HORDA MALDITA, por Jack Holt.
" 13. LA BESTIA DEL MAR, por George O'Brien.
" 14. LA LEY DE "RELAMPAGO", por "Relámpago".
" 15. CITA TRÁGICA, por George O'Brien.
" 16. EL TERROR DE LA PRADERA, por John Mac Brown.
" 17. EL PACIFICADOR, por Buck Jones.
" 18. LINAJE DE LUCHADOR, por George O'Brien.
" 19. LA BANDA DEL RIO ROJO, por Tom Mix.
" 20. EL JINETE AUDAZ o AJUSTANDO CUENTAS, por Ken Maynard.
" 21. LA NOBLEZA DE UN PIEL ROJA, por Tim Mac Coy.
" 22. EL CAPITAN MURCIELAGO, por J. Walker.
" 23. CON LA PARCA AL ANCA, por Tom Mix.
" 24. CAMINO DEL DESQUITE, por Tom Mix.
" 25. EL JINETE MISTERIOSO, por Jack Holt.
" 26. BLANCOS CONTRA INDIOS, por Búfalo Bill.
" 27. UN ALMA VALEROSA, por Art Acord.
" 28. NUBES QUE PASAN, por Tom Mix.
" 29. POR LA RAZON Y EL DERECHO, por Tim Mac Coy.

Cada cuaderno contiene una novela distinta completa

Precio: 15 cts.



E. B.

Precio: Una peseta